

Selección



CLARK CARRADOS

LAS FAUCES DEL DRAGON


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

307 — Las orgías de la gaviota caníbal, *Ralph Barby*.
308 — Pesadilla de deseo y de sangre, *Burton Hare*.
309 — ¡Matad, Malditos, Matad!, *Clark Carrados*.
310 — No enterradme hasta morir, *Curtis Garland*.
311 — El archipiélago del horror, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

LAS FAUCES DEL DRAGON

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 312
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 42.507 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Un antiguo proverbio oriental dice: "por más que estén abiertas, las fauces del dragón no son peligrosas hasta que se cierran sobre tu cabeza".

* * *

—Me gusta el proverbio —manifestó Lane Bullock, dirigiéndose al hombre que acababa de recitarlo.

—Muy apropiado para determinadas ocasiones —dijo Telley Southman.

—Por ejemplo, ahora.

—¿Ahora?

Bullock no contestó. Tenía la vista fija en una rubia espectacular que cruzaba lentamente por delante de ellos. Era una joven alta, de senos exuberantes, cintura de avispa y caderas firmes y agradablemente contorneadas. Detrás de las grandes galas de color, se adivinaban unos ojos llenos de malicia y sabiduría amorosa.

—Me parece que la conozco —dijo Southman—. Es una tal Dolly Painter. —La rubia se volvió en aquel momento y sonrió—: ¡Hola» Dolly! —gritó Southman alegremente.

Dolly se acercó a la mesa ocupada por los dos amigos, que se levantaron de inmediato. Southman hizo las presentaciones. Ella se quitó las gafas y Bullock pudo ver el par de ojos azules más bonitos que había contemplado en su vida. Pero en la figura de la rubia había otros muchos atractivos. La boca casi se le secó al fijarse en el atractivo escote, que dejaba ver el arranque de los senos, llenos, de henchidas curvas. La tela del vestido era opaca, pero muy fina, lo que permitía admirar los firmes contornos de aquel pecho tan admirablemente construido.

Southman, entusiasmado, pidió tres nuevos martinis. Mientras servían las bebidas, dijo:

—Lane, aquí donde ves a Dolly, con su aspecto de sofisticada estrella de cine, es la investigadora privada de mente más aguda que Jamás he conocido. Hábil, astuta, tenaz..., es tan enemiga de los delincuentes como el propio Scotland Yard.

Dolly se echó a reír.

—No le haga usted caso, señor Bullock. Mi amigo Telley propende continuamente a la exageración. Hasta ahora, y sólo en una ocasión, he tenido que enfrentarme con un caso criminal..., un vulgar caso de falsificación de libros, para poder provocar una quiebra fraudulenta. Mi trabajo tiene más de rutina que de aventura, créame.

Bullock estaba embobarlo contemplando a la rubia.

—Tan joven... —dijo, admirado.

—Siempre fue una chica muy precoz —terció Southman—. Recuerdo que

cuando tenía catorce años, era ya...

—¡Telley, por favor! —cortó Dolly, sonrojándose—. Creo que a tu amigo no le interesan ciertos detalles de mi infancia.

—Me interesan muchísimo —dijo Bullock—. Sigue, sigue, Telley.

El camarero vino y sirvió las bebidas. Después de tomar un sorbo, Southman dijo que había recitado a su amigo el proverbio referente a las fauces del dragón.

—Lo conozco —declaró Dolly— Pero no creo que le interese, salvo como curiosidad. No creo que él pueda ser atacado por un dragón, Telley.

—Si ese dragón tuviera su figura, me dejaría devorar —exclamó Bullock apasionadamente.

La joven sonrió, evidentemente halagada Luego se volvió hacia el otro.

—Telley, tú has mencionado siempre el proverbio del dragón, cada vez que has tenido un caso interesante en perspectiva. ¿Es cierto eso ahora también?

Southman asintió

—Me encargaron investigar la desaparición de un sujeto llamado Digby Farlane. Con él desaparecieron también nada menos que veinte mil libras esterlinas. Hace ya casi un mes que no se tienen noticias suyas y la familia, lógicamente intrigada, me ha encargado que trate de averiguar lo que haya podido sucederle.

—Tal vez se marchó de Inglaterra con el dinero —apuntó Bullock.

—Todos los indicios apuntan en esa dirección, pero la esposa sostiene que alguien se hizo pasar por él, para hacer creer al Yard que había abandonado el país. La impresión de la señora Farlane, y la mía también, es que se ha cometido un asesinato.

Bullock silbó tenuemente.

—Eso es muy grave, Telley —observó.

—Sí, indudablemente.

—¿Adónde se marchó Farlane? —preguntó Lane.

—Dijo que tenía que hacer algo muy importante en un lugar llamado Sysling Hill, no lejos de una población denominada Amory Fields. Fue a Sysling Hill hace cosa de cuatro semanas... y no se le ha vuelto a ver.

De pronto, Bullock consultó su reloj.

—Tengo una cita, se me hace tarde —manifestó bruscamente. Llamó al camarero, abonó la cuenta y se puso en pie—, Dolly, cuidado con Lane; es un caníbal... con las mujeres bonitas

Dolly se echó a reír. Cuando Southman se hubo marchado, miró a Bullock a través de sus espesas pestañas.

—¿De veras se come a las mujeres, señor Bullock?

—Sólo a las que están lo suficientemente tiernas para meterlas en el horno —contestó el aludido jovialmente—. Pero, por favor, no me trate tan ceremoniosamente, Dolly.

—Está bien, Lane. —Ella recogió su bolso y se puso en pie—. Yo también

tengo que marcharme.

—Me gustaría acompañarte, Dolly —solicitó Bullock.

Ella le contempló un instante. El hombre que tenía frente a si era muy alto, casi un metro noventa, de anchos hombros y, aunque feo de cara, con expresión agradable, precisamente por abierta y simpática.

—El homo de mi casa es muy chico —dijo maliciosamente.

—A veces, devoro cruda a mi víctima.

—¿También sabe agradable así?

—Sabrosísima.

—Entonces, ven, caníbal.

* * *

Cuando llamaron a la puerta, Southman, que estaba en mangas de chaleco, cogió su chaqueta y se la puso. Iba a abrir, cuando, de pronto, recordó algo.

Eran un par de hojas de papel, que plegó en cuatro dobleces, introduciéndolas acto seguido en una ranura apenas visible del zócalo de madera de la pared. Se irguió, tiró ligeramente de los faldones de la chaqueta y cruzó la estancia.

Al abrir, vio a un hombre alto y delgado parado ante el umbral.

—Soy Wingate —se presentó el individuo.

—Le estaba esperando, señor Wingate —manifestó Southman—. Estoy preparado —añadió.

—Tengo el coche abajo, señor Southman.

—Muy bien, entonces, cuando guste.

Southman agarró un pequeño maletín que ya tenía dispuesto, apagó la luz, salió y cerró con doble vuelta de llave. Luego extendió el brazo izquierdo para indicar al otro el camino del ascensor.

Unos minutos después, un individuo bajo, rechoncho, de mirada furtiva, llegó a la puerta del apartamento de Southman y la abrió, mediante el hábil empleo de una ganzúa. Entró sin hacer ruido, cerró con todo cuidado, encendió las luces y, sin pérdida de tiempo, empezó a trabajar.

—Y ahora, ¿qué piensas de mí? —preguntó Dolly.

Estaba tendida en parte de coscado, el hermoso cuerpo cubierto hasta la cintura y el pelo suelto y alborotado. Bullock, a su lado, contempló unos Instantes los bellos senos que, vistos al descubierto, no defraudaban en absoluto a quien antes los había contemplado velados por la ropa, y luego fijó la vista en los grandes ojos azules de la Joven.

—Pienso que eres una chica maravillosa —contestó.

—Es una respuesta halagadora, pero no enteramente satisfactoria. Hasta ahora, no has sabido de mí salvo que tengo una figura deseable y que no hemos tardado media hora en irnos a la cama ¿Piensas tal vez que soy una chica fácil?

—¿Por qué quieres saberlo? preguntó él.

—Southman no concede su amistad fácilmente. Soy perspicaz, modestia aparte, y he podido darme cuenta de que te aprecia muchísimo.

—Eso sí que es cierto, aunque nuestras actividades se desarrollan en campos muy distintos.

—¿A qué te dedicas, Lane?

—Soy asesor jurídico de un par de sociedades bastante importantes. Me desenvuelvo bien, en todos los sentidos.

El rosado índice de Dolly empezó a pasearse por el desnudo pecho de su huésped, con algo de vello, pero sin exageraciones desagradables.

—En cierto modo, eso tiene un poco de mi profesión —dijo

—Es verdad. A veces, yo también tengo que investigar a gentes poco recomendables. Southman me ha rendido buenos servicios en más de una ocasión. Es un buen investigador. Quizá, a partir de ahora, te encargue a ti algún trabajo.

—Gracias, aunque opino que debemos volver al tema que habíamos abandonado. Sigo queriendo escuchar tu opinión, porque, de la misma manera que Telley no concede su amistad fácilmente, yo... tampoco hago esto que he hecho hoy, con cualquiera.

Bullock se volvió de costado y se apoyó sobre un codo.

—Entonces, dime primero: ¿qué has visto en mí? —solicitó.

—Es difícil de contestar —dijo Dolly pensativamente—. A veces, una siente un impulso irresistible.

—Vamos, una especie de flechazo.

—Algo así, en efecto.

—Quizá te impresionó mi fama de caníbal y quisiste comprobar si era cierto.

Ella hizo un gesto.

—No se puede definir con palabras. —De pronto, volteó, quedó boca arriba y puso sus manos bajo la espesa cabellera rubia. Entonces, sus senos parecieron erguirse, con los rosados picos apuntando al techo—. Se siente ese deseo irresistible... y ya está, es cuanto puedo explicarte.

—Sí, suele ocurrir. A mí me ha pasado, a veces; he estado con una mujer hermosa, he llegado a presentir que ella iba a entregarse., y no he percibido la menor sensación de deseo hacia ella Seguro que quedó defraudada. ... pero creo que más defraudada habría quedado si yo hubiese intentado en aquellos momentos hacer algo que no me apetecía.

Dolly volvió ligeramente la cabeza.

—Y hoy, si, por lo visto —sonrió.

—Yo opino que, en ocasiones, algunas personas desprenden un aura invisible, que las envuelve de la cabeza a los pies, y que sólo otra persona, tal vez en las mismas condiciones, puede percibir. Es como una emanación magnética, de una longitud de onda determinada, ¿comprendes? Muchos te habrán visto hoy y te habrán deseado; y tú habrás visto a muchos hombres atractivos también, pero no has percibido en ninguno de ellos la sensación que

te ha causado un efecto tan irresistible como inexplicable. ¿Has entendido lo que quiero decirte?

Ella asintió con lentos movimientos de cabeza. De pronto, Bullock se inclinó hacia adelante y rozó con los labios uno de los pezones. Dolly se estremeció como si hubiese sufrido una descarga eléctrica.

—Lane —murmuró apasionadamente.

Bullock continuó sus caricias bucales. Luego, ella le echó los brazos al cuello masculino e hizo una llamada:

—Ven, querido, ven...

Lenta, amorosamente, se confundieron en un estrecho abrazo, los cuerpos unidos desde los labios a la punta de los pies, disfrutando casi agónicamente de aquellos interminables momentos de éxtasis, sin hablar, sin pronunciar una sola palabra, intercambiando solamente besos ardientísimos, hasta que, pasado el momento culminante, quedaron inmóviles, rendidos por el placer que se habían dado recíprocamente.

Al cabo de unos momentos, Dolly, lánguidamente, pronunció una frase llena de cariño:

—Caníbal mío.

CAPITULO II

—Como comprenderá, señor Southman, lo que pretendemos de usted son unos servicios muy especiales —dijo la anciana dama, mirando a su huésped por encima de las gafas con montura de oro—. Tal vez lo parezcamos pervertidos, pero la realidad, por extraño que le parezca, es muy distinta.

—Estoy dispuesto a cumplir las condiciones que se me impusieron, lady Myrtle —contestó el detective, serenamente.

Durante unos segundos, hubo sólo silencio en el vasto comedor de la mansión, severamente decorado, con grandes vigas oscuras en el techo. En una de las paredes, a ambos lados de la puerta, se veían dos refulgentes armaduras, de indiscutible autenticidad. Aunque apenas hacía frío, en la chimenea, de enorme repisa de granito labrado, ardían un par de buenos troncos. En pie, junto a la mesa, estaba el individuo alto y delgado que había viajado a Londres para buscar al detective.

Sentado a la mesa, había también un tercer personaje que apenas había intervenido en la operación. Era un sujeto de mediana estatura y robusta figura, mejillas coloradas y ojos diminutos, que había sido presentado al huésped como el doctor Nayland Peters. El galeno estaba concentrado exclusivamente en la cena y apenas había prestado atención a las frases que se intercambiaban entre la anciana y Southman.

El detective, por su parte, se preguntaba casi constantemente dónde podría hallarse Digby Farlane. Después de conocer Sysling Hill, aunque sólo fuese superficialmente, empezaba a sospechar que a Farlane le había ocurrido lo peor.

—En tal caso, deberá someterse a reconocimiento médico, que le hará el doctor Peters —dijo la anciana lady Myrtle Dalymond

—Con muchísimo gusto, señora.

—¿Doctor? —dijo ella

Peters emitió una especie de gruñido.

—Mañana.

—Es usted un grosero, doctor —dijo la anciana, sin elevar el tono de su voz. Se volvió hacia el huésped—. Discúlpele, señor Southman; pese a sus modales, es un médico de gran competencia.

—No lo dudo, señora —respondió el detective cortésmente—. Doctor, ¿a qué hora debo estar listo para el reconocimiento?

—A las ocho en punto, en ayunas —contestó Peters con la boca llena—. En su habitación —añadió, con palabras difícilmente ininteligibles.

—Muy bien, a las ocho en punto. Lady Myrtle, tiene usted un jerez realmente exquisito.

La anciana sonrió.

—Me gusta siempre lo mejor de lo mejor —contestó, halagada.

Después de la cena. Southman subió a la habitación que le había sido

asignada. Lentamente, se desvistió, se puso el pijama y una bata y, tomando un libro que había llevado en el equipaje, se sentó en una butaca, a fin de dejar pasar un poco el tiempo hasta la hora de dormir.

Un rato más tarde, emitió el primer bostezo. Puso una señal en el libro, lo dejó a un lado y se levantó. En el mismo momento, oyó un ligero chirrido.

Se volvió en el acto. La puerta que comunicaba con el lavabo acababa de abrirse. Una hermosa joven, de largos cabellos negros, ataviada con unas blancas vestiduras que le llegaban hasta los pies, apareció de súbito ante sus ojos.

En el primer momento, Southman creyó hallarse ante un fantasma, dado el espectral aspecto de la joven. Pero rechazó la idea inmediatamente; era un hombre dado al raciocinio y poco amigo de las fantasías.

—Señora...

Ella se puso un dedo ante los labios.

—Chissss... No alce la voz, se lo ruego...

—Señora, ¿qué es lo que sucede? —preguntó Southman, sumamente intrigado.

—Está en grave peligro. Váyase de esta casa inmediatamente, antes de que sea tardo... Váyase, váyase…

—Pero, señora

La joven retrocedió.

—No puedo explicarle más —dijo, muy agitada—. Hágame caso y abandone esta casa antes de que sea tarde.

—Pero, señora...

La joven retrocedió.

—No puedo explicarle más —dijo, muy agitada— Hágame caso y abandone esta casa antes de que sea tarde.

Ya estaba de nuevo junto a la puerta del baño. Cuando se disponía a cerrarla, Southman extendió una mano.

—Escuche, por favor, ¿sabe algo de Digby Farlane?

Pero ella no contestó y cerró la puerta. Southman, terriblemente perplejo, dudó un instante

Luego corrió hacia el baño. Cuando estuvo en su interior apreció, enormemente asombrado, la ausencia de toda otra persona en la pieza.

—¿Habré visto realmente un fantasma? —se preguntó.

Pero en el baño flotaba un tenue perfume, que no pertenecía a sus objetos de tocador «Los fantasmas —se dijo—, en todo caso, huelen muy mal.»

De pronto sonrió. En el baño, sin duda, había un secreto pasadizo. Ya lo encontraría; estaba allí para eso

De repente, aquella mañana, al ojear algunos documentos en su despacho profesional. Bullock topó con algo que llamó poderosamente su atención.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, reflexionando intensamente sobre el asunto que se le había presentado tan de improviso. Luego, de súbito, alargó lo mano y levantó el teléfono.

Momentos después, sonaba una voz femenina al otro lado de la línea:

—Soy Dolly Painter. ¿Quién llama?

—El caníbal, preciosa.

Bullock oyó una alegre carcajada.

—¿Todavía tienes apetito? —preguntó Dolly

—Está un poco calmado, pero aún hay capacidad para repetir el banquete. De todos modos, no te alarmes, preciosa. Mi llamada es profesional.

—Oh... ¿Hablas en serio?

—¿Te decepciona?

—Me asombra. Lane

—¿Por qué?

—Si piensas encargarme algo yo calculaba que elegirías a alguien con más... renombre. O experiencia, llámalo como gustes.

—La verdad es que no sé aún lo que haré. Pero si sé que tengo necesidad de hablar contigo, aunque la cosa no sea urgente. ¿Por qué no discutimos esta noche el asunto a ambos lados de una mesa bien provista?

Es una idea excelente —aprobó la joven—. ¿Dónde y a qué hora?

—En el Holyroyd Grill, a las siete y media. Reservaré una mesa. También reservaré dos butacas para la obra que representan en el Grapevire Blade, si te parece.

—Uy, uy, uy... —dijo ella maliciosamente—. He oído decir que esa obra es muy atrevida, calificándola benévolamente.

—Si te parece, puedo llevarte a una representación de Hamlet...

—¡Cielos, no! Muchos deben de pensar que no soy buena inglesa, porque odio a Shakespeare.

—Entonces —rió él—, ya somos dos malos ingleses, porque yo también lo detesto. Hasta la noche, hermosa.

—Hasta luego, caníbal.

Satisfecho, Bullock se reclinó en el sillón y encendió un cigarrillo, contemplando inmóvil las volutas de humo azul. Al cabo de unos momentos, meneó la cabeza. Imparcialmente, debía reconocer que le hubiera gustado entrevistarse mejor con su amigo Southman. Pero puesto que éste se hallaba ausente, si alguien podía resolver, o ayudarle a resolver, su problema, no podía ser otra que la hermosa Dolly Painter.

* * *

Desnudo, de la cintura para arriba, Southman se portó estoicamente el reconocimiento que le hacía el médico. Peters le extrajo una muestra de sangre y luego dijo:

—Por ahora, su salud es perfecta, amigo.

—Gracias, doctor.

Peters señaló una puerta.

—Entre en esa habitación; le servirán un buen desayuno Siga allí hasta que

se le ordene.

—De acuerdo.

Southman recobró la camisa y se la puso, mientras caminaba hacia la puerta señalada. Cuando estuvo en la otra habitación, vio que el desayuno estaba servido.

Comió con excelente apetito. Las aprensiones que le había causado la visita de la dama fantasma, como él la había denominado in mente, habían desaparecido ya Aquella mujer, se dijo, debía de ser alguna loca pacifica que vivía en Sysling Hill. ¿Una hija de lady Myrtle?

Podía ser, se dijo. La diferencia de edad, saltaba a la vista, era enorme... pero también se daban muchos casos de nacimientos tardíos, incluso cuando la esposa estimaba que había perdido ya la capacidad de concebir. Tal vez aquella hermosa morena era una hija tardía de lady Myrtle... y quizá aquella circunstancia había producido un cierto desequilibrio en su mente.

Cuando terminaba de desayunar, se abrió otra puerta. Pasmado de asombro. Southman reconoció a la dama fantasma.

Ella entró caminando de una forma singular, como si se deslizase sobre el suelo, en lugar de mover las piernas. Llegó al centro de la estancia y se detuvo frente al huésped.

—Hola —dijo—. Soy Roxana McDowell.

El detective tragó saliva.

—Mi nombre es Telley Southman Pero todos me llaman Telley.

—Encantada, Telley.

Lo mismo digo. Roxana.

Inesperadamente, ella empezó a quitarse la ropa.

Southman respingó.

—Pero Roxana... Por favor, no hagas eso

Impasible, ella continuó la operación, hasta quedar completamente desnuda ante el hombre. Los ojos de Southman amenazaban con saltarse de las órbitas. Aquella hermosa mujer...

Lenta, calmosamente. Roxana fue hacía el enorme lecho que formaba parte de la decoración y se tendió en él.

—Ven, Telley —llamó.

—Pero, Roxana...

—No temas —dijo ella suavemente.

Southman se acercó a la cama y contempló unos instantes a la bellísima joven que se le ofreció sin el menor pudor, pero, al mismo tiempo, con absoluta naturalidad. Era hombre de pocos remilgos cuando se trataba de mujeres guapas, pero la ocasión era un poco distinta.

—Roxana, anoche fuiste a verme a mi dormitorio —le recordó, mientras se acercaba a la cama.

—Luego hablaremos de ello —respondió la joven—. Anda, desnúdate, ven, tómame, tómame...

Southman dudó todavía un instante, pero el cebo era demasiado apetitoso y

su fortaleza se derrumbó muy pronto. Sonriendo, empezó a quitarse la camisa.

* * *

—Se trata de Hillary Baxter —dijo Bullock, mientras removía con la cucharilla el calé de su taza—. ¿Has oído ese nombre alguna vez?

—No —respondió Dolly en el acto—. ¿Por qué lo preguntas?

—Verás, nuestro común amigo Telley Southman me hablaba, el día en que nos conocimos, de un personaje que había ido a un lugar denominado Sysling Hill. Recuerdas el caso, supongo

Ella asintió.

—Sí, continúa, por favor.

—Esta mañana, repasando mis papeles, me he encentrado con los documentos de una hipoteca sobre Sysling Hills. El hombre que prestó el dinero se llama Hillary Baxter. Hace tiempo que no sabemos de él. Después de hablar contigo, telefoneé a su despacho. Me contestaron que Baxter cerró su negocio hará unas diez semanas, aproximadamente. Tenía también su domicilio y le llamé allí, pero no me contestó nadie. En vista de lo que sucedía, fui personalmente a su casa. He hablado con el conserje y me ha dicho que Baxter se marchó aproximadamente en la fecha en que cerró el negocio, aunque no supo indicarme su nueva dirección.

Dolly puso los codos sobre la mesa, juntó las manos y apoyó la barbilla.

—Tú quieres que yo investigue el paradero de Baxter —dijo.

—Si no tienes otro caso entre manos..

—Tengo uno, pero no es importante. Además, está prácticamente resucito, Lane.

—Gracias, Dolly. Por supuesto, me presentarás la minuta de honorarios al terminar tus investigaciones. Aunque te lo encargue yo, es un trabajo para la empresa.

—Comprendo. No te preocupes, haré todo lo que sea. Me darás más detalles, imagino.

—Por supuesto, aunque. —Bullock consultó su reloj—. Se nos va a hacer tarde, hermosa.

—¿Tienes ganas de ver la función? —sonrió ella

—Si sólo se tratase de cosas atrevidas, no iría siquiera. Pero tengo amigos que la han visto y aseguran que se trata de una obra enormemente divertida.

—Vamos —le guiñó ella un ojo—, es de la ciase de obras en que se combina el placer visual con la diversión... auditiva.

—No son elementos antagónicos, me parece.

Instantes después, Bullock ayudaba a la joven a ponerse sobre los desnudos hombros una estola de piel. Luego, en el coche de Bullock, se dirigieron al teatro. Tuvieron que estacionar el vehículo a cierta distancia, dada la afluencia de espectadores.

La obra, en efecto, resultó muy graciosa y ambos lo pasaron en grande. Al

terminar, salieron a la calle, confundidos con la muchedumbre. Caminaron sin prisas, la noche era muy agradable y daba gusto pasear por la calle, que poco a poco se iba despoblando.

De pronto, cuando pasaban junto a un oscuro callejón, un sujeto mal encarado les salió al paso, empuñando una navaja de larga hoja.

—Amigo —dijo el sujeto—, no quisiera causarle ningún daño a esta preciosa muñeca, pero si no me da en el acto el dinero que lleva encima, le rajaré la cara.

Bullock se quedó sorprendido. El ladrón había agarrado a Dolly por el brazo izquierdo, y la punta de su navaja, efectivamente, se apoyaba en la mejilla.

De repente, antes de que el joven pudiera hacer nada, ella dio un paso hacia atrás. Inmediatamente, levantó la mano izquierda, aferró la muñeca armada y luego, lanzando la derecha hacia adelante, metió dos dedos en los ojos del hampón.

Se oyó un grito de dolor. Convertida en un torbellino, Dolly agarró con ambas manos el brazo derecho del sujeto y lo hizo voltear aparatosamente por encima de su cabeza. Luego se inclinó sobre él, lo levantó a viva fuerza y, tras hacerle girar en redondo, aplicó su pie derecho contra las posaderas del ladrón.

El hombre salió despedido contra la pared frontera. Su nariz chocó contra el duro muro de ladrillos. Lentamente, sus rodillas se desplomaron y empezó a resbalar hacia el suelo. Dolly se inclinó, recogió la navaja y la tiró por el imbornal de una alcantarilla.

Estupefacto, Bullock le entregó la estola y el bolso que ella había dejado caer en el instante de comenzar la fulgurante pelea.

—Chica, me has dejado pasmado —dijo—. Antes de que yo pensara en alguna artimaña para deshacerme de ese navajero, tú le has quitado las ganas de asaltar a la gente para una buena temporada.

Dolly rió alegremente.

—Aprendí defensa personal hace algún tiempo y todavía sigo entrenándome un par de veces a la semana —respondió—. De todas formas, no vayas a creer ni por un momento que estas cosas me suceden a diario.

—Eso pienso —dijo él.

Momentos después, Bullock abría la portezuela de su coche. Antes de que diese el contacto, Dolly le hizo una proposición:

—Lane, creo que podríamos continuar discutiendo el caso Baxter en mi apartamento.

—Con mucho gusto, encanto.

—Pero olvida tu afición al canibalismo.

Bullock la miró largamente.

—Todo depende de que nos veamos mutuamente el aura particular —contestó.

—La mía está hoy baja de tensión, Lane.

—Entonces, sólo discutiremos el asunto Baxter —afirmó él, ligeramente decepcionado, aunque no descontento en absoluto.

CAPITULO III

El hombre de rasgos orientales hizo una profunda reverencia y situó un grueso paquete sobre la mesa. Lady Myrtle Dalymond le miró críticamente a través de los cristales de sus gafas.

—¿Está todo, Hu? —preguntó.

—Todo, señora —respondió el individuo—. No quedó en la casa un solo papel que pueda ser relacionado con milady.

La anciana puso la mano sobre el paquete, envuelto en papel fuerte y atado con un recio cordel, y movió los dedos en un casi inaudible tamborileo.

—¿Había algo relacionado con nosotros. Hu?

—Un par de anotaciones en una agenda, milady. Le aseguro que hice un examen minucioso de toda la documentación. Pero, a fin de evitar posibles errores, traje todo cuanto encontré en el apartamento. Con el debido respeto, pienso que destruir esa documentación es lo mejor.

—Sí, seguramente tiene usted razón, Hu. Pero quizá quede algo en su despacho de trabajo...

—El señor Southman no tenía otra oficina que su propia casa. Aunque había intervenido en muchos asuntos, su archivo era exiguo, en cierto modo. Hay un par de centenares de fichas contenidas en ese paquete, pero todas ellas están redactadas a base de anotaciones muy breves, telegráficas diría yo. Están también las copias de sus cartas... Supongo que las de a partir de un año atrás habrán sido destruidas y su contenido incluido extractado en las fichas. Repito a milady que no hay riesgo alguno.

La anciana sonrió.

—Es usted un fiel servidor, Hu —murmuró—. Algún día, tal vez, podré recompensar como es debido su lealtad.

El hombre se inclinó.

—Haría cualquier cosa por milady —manifestó.

La anciana se quedó sola. Entonces sacó unas tijeras, cortó el cordel y abrió el paquete. Había bastantes papeles y fue arrojándolos uno por uno a la chimenea que había en la estancia, y en la que ardía un alegre fuego. Al terminar, quemó también el papel de la envoltura y el cordel. Luego fue con paso menudo a una mesita situada en un rincón y sé sirvió una copita de vino de oporto, que saboreó a pequeños sorbos

De pronto, tocaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

El huésped entró en la habitación.

—Ah, es usted, señor Southman —dijo la anciana.

—Perdone que le moleste, señora..

—Oh, no, en absoluto, entre, entre, amigo mío. ¿Le apetece algo de beber?

Southman se frotó las palmas de las manos en los faldones de la chaqueta.

—Verá, señora, he estado con una muchacha encantadora. Roxana...

—Ah, mi sobrina Roxana. Sí, es encantadora, aunque tiene la cabeza un poco fuera de su sitio. Pero es preciosa, ¿verdad?

—Señora, yo no quisiera que mis acciones pudieran ser mal interpretadas...

—Señor Southman, cuando el señor Wingate fue a visitarle por primera vez, usted aceptó determinadas condiciones.

—Sí, pero...

—Espere, no me interrumpa, por favor. Las condiciones del contrato decían que usted debería atender cualquier requerimiento de todo miembro de la familia, ¿no es así?

—En efecto, señora.

Lady Myrtle sonrió maliciosamente.

—Roxana le ha dado una agradable sorpresa, presumo.

Southman se puso encarnado.

—Señora...

—Oh, Vamos, no se turbe. Estas cosas suceden hoy día con toda facilidad y más entre personas jóvenes y bien parecidas. Porque usted es joven, imagino.

—Treinta y cinco años, señora.

—Roxana tiene veintiséis. Ha sido, simplemente, un encuentro entre dos personas que se han limitado a seguir la llamada de la naturaleza, eso es todo.

Southman hizo un gesto ambiguo.

—Si se le toma en ese sentido.

—Repito que no debe sentir ninguna preocupación, amigo mío. Nadie le exigirá cosas violentas y repulsivas, créame. Ah, por cierto, el doctor Peters me ha hablado de usted muy favorablemente. Todos los análisis han dado un resultado magnífico. Le felicito; es usted un nombre con una salud a prueba de bomba.

—Gracias, señora.

—No hay de qué. Ah, si le apetece, puede pasear por el parque. No crea que vamos a tenerle aquí enclaustrado. Salga, salga, disfrute de este tiempo tan maravilloso. Llénese los pulmones de aire puro y sano...

A Southman le parecía que la anciana se burlaba de él, pero no había en sus palabras nada en qué basar un interrogatorio medianamente enérgico. No le quedaba otro remedio que seguir esperando acontecimientos.

Debía dejar pasar algún tiempo, se dijo. Todavía resultaba prematuro hacer preguntas sobre Farlane.

Bien mirado, y aunque el encuentro amoroso había sido muy breve, Roxana era una mujer estupenda. Si la tía no veía inconvenientes en aquella relación, no iba a mostrarse él absurdamente puritano.

Pero le preocupaba que Roxana hubiese cambiado tanto de la noche a la mañana. Durante los momentos de placer, no había mencionado nada de la visita de la víspera. Luego, ella se había levantado y, tras vestirse apresuradamente, había abandonado la habitación, sin contestar a sus preguntas.

Quizá, cuando la viese nuevamente

Durante un rato, paseó por los jardines que circundaban la casa. Luego, casi sin darse cuenta, se encontró frente al garaje, en el que había tres coches. Uno de ellos era el suyo y había un hombre debajo, manipulando en el motor.

Southman se enojó.

—Eh, oiga, ¿qué hace usted con mi automóvil?

El hombre, que vestía un grasiento mono de mecánico, salió de debajo del coche, se incorporó prestamente, puso ambas manos en las rodillas e hizo una profunda reverencia.

—Dispénseme, señor. Quizá me considere demasiado entrometido, pero el caso es que, al ir a revisar el coche de milady, vi manchas de aceite debajo del suyo. Lamento tener que decir al señor que su coche tiene una grieta en el cárter. Pierde aceite, señor.

—Vaya, es la primera noticia que tengo sobre el particular.

—Si el señor me lo permite, mañana pediré una pieza nueva. No resultaría seguro salir de viaje, con el motor en tales condiciones.

—Eso es evidente, amigo.

—La señora pagará la factura de cuanto se necesite, señor.

—Gracias... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Hu Li Chang. El señor puede llamarme Hu, como todos.

—Muy bien, Hu, haga lo que crea más oportuno y déjeme el coche en condiciones.

—El señor puede estar seguro de que nunca más tendrá que preocuparse por su automóvil —contestó Li-Chang, a la vez que hacía una nueva reverencia.

* * *

Cuando sonó el timbre del teléfono. Bullock apartó la vista de los documentos que estudiaba y lo levantó con la mano izquierda.

—Bullock —dijo.

—Hola, caníbal. Tengo ciertas noticias para ti.

—Te has movido rápido —comentó él.

—Bueno, he ido a beber directamente de la fuente. La señora Baxter está que echa humo por la ausencia de su esposo, aunque, por otra parte, se lo toma con filosofía. Por lo visto, el señor Baxter era hombre al que le gustaba mucho mariposear, tu ya me entiendes.

—Quizá lo hacía para olvidar

—Olvidar, ¿qué?

—A su mujer —rió Bullock.

—La verdad, no lo entiendo. Si ella fuese un monstruo.. Pero es una chica muy guapa...

—Eso no garantiza nunca la fidelidad del esposo, encanto.

—Sí, tienes razón. De todos modos, la señora Baxter me ha hablado de una

mujer de la que sabe positivamente estuvo con su marido pocos días antes de su marcha a Sysling Hills, para el asunto de la hipoteca. Tengo su dirección y, si quieres, podríamos visitarla a la noche...

—Muy bien, menciona un lugar de reunión e iremos juntos, preciosa.

La dama citada por la señora Baxter atendía por el nombre de Hazel Hugues y trabajaba en un local de categoría más bien ínfima. Todo lo que hacía allí la señorita Hugues era desnudarse unas cuantas veces en el transcurso de la velada, siempre con vestimenta diferente Al verla, Dolly dijo:

—La verdad, tu amigo Baxter debía tener el gusto estragado. Su esposa vale cien veces más, créeme.

—Sobre gustos no hay nada escrito —filosofó el joven

Hazel terminó su número y se retiró, dejando como estela de su paso un coro de aullidos, frases obscenas y aplausos y silbidos a partes iguales. Bullock y su acompañante abandonaron la mesa y se encaminaron a los camerinos.

Un individuo malencarado les cerró el paso. Bullock acalló sus protestas con dos billetes de una libra. El sujeto, repentinamente hecho mieles, les indicó muy servicialmente el camerino de la artista.

Momentos después, Bullock llamaba a la puerta, Hazel dijo:

—¡Entre el que sea!

Bullock se apartó para que Dolly pasara primero. Hazel, sentada ante un tocador, que tenía el espejo rajado, se pasaba el cepillo por el pelo, evidente y rabiosamente teñido de rubio.

—¿Qué desean? —preguntó.

Bullock cerró la puerta.

—Queremos hablar con usted de Hillary Baxter, señorita Hugues... —manifestó—. Mi acompañante es la señorita Painter. Yo me llamo Lane Bullock y soy abogado.

Hazel se volvió en el asiento. Tenía la bata abierta y enseñaba los pechos, pero ello no parecía preocuparle demasiado.

—Conque quieren hablarme de Baxter, ¿eh?

—Si no tiene inconveniente...

—Era un tipo fresco. Se largó, debiéndome treinta y siete libras —dijo la artista furiosamente—.

Prometió devolverme el dinero, con el cincuenta por ciento de intereses, pero debe de haberse convertido en humo, porque no he vuelto a verle más.

—¿Le mencionó el señor Baxter algo sobre un viaje a un lugar llamado Sysling Hill, señorita? —preguntó Dolly.

Hazel frunció el ceño.

—Hillary estaba entrampado hasta las cejas. Si no hubiese sido porque era. Bueno, no sé cómo explicarme... Quizá resultase embarazosa para la señorita…

Dolly sonrió.

—Estoy acostumbrada a muchas cosas —manifestó—. Diga lo que sea, sin

preocuparse de mi presencia.

—Bueno, lo que yo quería decir que... En fin, allá va. Hillary era un garañón.

—¿Cómo? —respingó Bullock.

—Si, como lo oye. Oigan, siempre me dejaba agotada y él no tenía nunca suficiente... Si no hubiera sido por ésa virtud, yo le habría dejado plantado hace mucho tiempo... Oigan, ¿han mencionado Sysling no-sé-qué?

—Sysling Hill, señorita —puntualizó Dolly.

—Yo tengo una amiga que me dijo hace tiempo iba a trabajar allí, como sirvienta. La vi hace pocos días. ¿Quieren su dirección? Tal vez ella pueda decirles aleo acerca de ese bribón de Hillary Baxter.

—Se lo agradeceremos —dijo Bullock.

Momentos después, tenía anotada en su agenda un nombre y una dirección. Cuando ya se despedían, Hazel dijo:

—Mi amiga no se desnuda como yo, aunque, miren, a veces, si le aprieta la necesidad, busca clientes

—La comprendemos perfectamente, señorita. Muchas gracias —sonrió Bullock.

Al salir del local, consultó su reloj.

—Un poco tarde para visitar a Fanny Dready, ¿no te parece?

—Podemos dejarlo para mañana, a la hora del almuerzo. Quizá, en estos momentos. Fanny esté muy ocupada con un... cliente

—Sí, es probable. ¿Nos tomamos una copa?

—De acuerdo.

CAPITULO IV

Cuando oyó los nudillos en la puerta, Southman guardó apresuradamente la agenda en la que hacía algunas anotaciones y corrió a esconderla debajo del enorme lecho, encajada entre uno de los largueros y una de las patas de la cabecera. Luego se enderezó, ajustó el cinturón de su bata, carraspeó y dijo:

—Adelante.

La puerta se abrió. Roxana, ataviada con las mismas vestiduras, entró, portadora de una bandeja en la que había una botella y dos copas.

—He supuesto que te gustaría tomar un trago en mi compañía —dijo, sonriendo.

—Encantado, preciosa.

Southman se adelantó para tomarle la bandeja, que dejó sobre una mesa. Destapó la botella y vertió parte de su contenido en las copas. Luego levantó la suya.

—A la salud de la mujer más hermosa que he visto en los días de mi vida —dijo.

Roxana sonrió suavemente.

—Eres muy gentil —murmuró, a la vez que le acariciaba una mejilla. Luego, sin más, empezó a despojarse de su indumentaria—. ¿Te gustó lo de esta mañana?

Los ojos de Southman brillaron de deseo.

—Fue maravilloso, pero demasiado breve.

—Tenemos toda la noche para nosotros, amor mío

Nuevamente había quedado desnuda la hermosa joven. Southman apuró su copa de un trago y fue hacia ella, abrazándola apasionadamente.

—Querida... —murmuró con ardoroso acento.

—Vamos a disfrutar de nuestro amor, cariño, vamos

De pronto, Southman recordó algo.

—Tienes que decirme por qué viniste anoche a visitarme...

Roxana le tapó la boca con una mano.

—Luego, querido, luego.

—Sí, hay tiempo. Después, después... —jadeó Southman.

Ella se dejó caer sobre la cama y tendió sus brazos hacia el invitado. Southman se quitaba la ropa a puñados

Unos segundos después, cala sobre la Joven. De pronto, todo su cuerpo sufrió una sacudida y se quedó inmóvil.

Roxana se incorporó en el acto. Hizo girar a Southman y abandonó el lecho, vistiéndose sin perder un solo segundo. Luego abandonó la habitación.

Inmediatamente, corrió a la suya, se puso otras ropas, una chaqueta y unos pantalones, recogió la bata y el camisón, que arrojó sobre el maletín, se ató una cinta al pelo, metió los pies en unos zapatos y bajó hacia el piso inferior.

Lady Myrtle aguardaba en el vestíbulo

—Ya está, señora —dijo Roxana.

La dueña de la casa le entregó un pequeño fajo de billetes.

—Gracias, señorita. Puede marcharse: el coche está listo.

—Adiós, señora.

Roxana salió fuera. Li-Chang apareció un segundo más tarde en el vestíbulo y fijó la vista en la anciana.

—No falles esta vez —dijo lady Myrtle.

—La señora puede estar tranquila —contestó el oriental.

Roxana aguardaba ya en el coche. Cuando vio aparecer a Li-Chang se sintió muy aliviada.

El coche arrancó de inmediato. Unos kilómetros más adelante, Roxana observó que el vehículo perdía velocidad.

—Hu, ¿qué sucede? —preguntó.

—Dificultades en el motor, señorita —respondió el interpelado.

El automóvil se paró. Li-Chang se apeó y levantó la tapa del motor. Al cabo de unos segundos, volvió y sacó una linterna de la guantera. Miró sonriendo a la muchacha.

—Tendré las dos manos ocupadas —manifestó—. Si fuese tan amable de alumbrarme mientras hago la reparación

—Con mucho gusto, Hu.

Roxana se apeó y cogió la linterna. Avanzó hacia el motor, pero, apenas había dado dos pasos, sintió que un hizo se cerraba sobre su cuello con tremenda fuerza.

Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

* * *

Southman despertó de pronto, con la lengua pastosa y el cerebro ligeramente embotado. Durante unos segundos, trató de recordar lo que había sucedido.

Roxana había venido a visitarle y se le había ofrecido, de la misma forma que por la mañana. Pero apenas había tenido tiempo de tocarla. Se había quedado dormido de una manera fulminante.

¿Había algún narcótico en su copa?

De pronto, percibió una pesada respiración a su lado. Lentamente, volvió la cabeza. En el mismo instante, sufrió un terrible sobresalto.

La mujer le sonreía de un modo especial.

—Ven, querido —dijo, tendiéndole los brazos inequívocamente.

—Señora... —Southman tragó saliva.

—Ven y olvídalo todo, amor mío. Yo te haré inmensamente feliz...

Horrorizado. Southman se apartó de la mujer

—Señora, por favor...

—Pero, cariño, soy tuya... Tómame sin reparos, anda; sólo quiero hacerte muy dichoso

—¡Basta de bromas! —dijo el detective secamente—. ¿Dónde está Roxana?

—Aquí, ¿no me ves? Yo soy Roxana

Southman no estaba seguro de hallarse todavía bajo la influencia del narcótico. No, lo que le sucedía no era lógico. Roxana no podía haberse transformado en tan pocos minutos en aquella horrible mujer. Allí sucedía algo que no acababa de entender..., pero que estaba dispuesto a poner en claro.

—Sí, seguro, usted es Roxana. Y yo el emperador de Marte —dijo con cáustico acento, a la vez que se ponía en pie.

De pronto, aquella mujer pareció convertirse en una furia.

—No me aceptas —chilló.

—Ni que estuviera loco...

Torpe, pesadamente, la mujer consiguió abandonar el lecho. A Southman le pareció un monstruo de la naturaleza. No, no era posible que existiese un ser de semejantes características físicas. «Y todavía quiere que le haga el amor», pensó

La mujer avanzó hacia él. Southman tanteó la puerta del baño. Maldijo entre dientes. Estaba cerrada con llave

Bueno, abandonaría el dormitorio... Ciertamente había aceptado cumplir determinadas condiciones, pero todo tenía un límite. Hablaría con lady Myrtle y le cantaría unas cuantas verdades. Había cosas que un hombre no podía tolerar.

La puerta del dormitorio estaba asimismo cerrada con llave. Roxana sonrió.

—No escaparás de mí —dijo.

De repente. Southman recordó el proverbio que hablaba de las fauces del dragón. «Bueno, todavía no se han cerrado sobre mi cabeza», se dijo.

Caminó lateralmente, siguiendo los contornos de la habitación. La mujer que decía llamarse Roxana iba tras él, lentamente, con pesados y torpes movimientos, pero con un brillo extraño en sus menudos ojillos. Al verla. Southman sintió náuseas.

De repente, tropezó en algo y cayó al suelo. Entonces, la mujer agarró el atizador de la chimenea y descargó un golpe.

Desde el suelo, Southman intentó parar el ataque con el brazo izquierdo, pero el golpe le rompió los huesos. Un alarido de dolor escapó de sus labios.

El siguiente golpe fue dirigido a la cabeza. Southman empezó a verlo todo negro.

Ella siguió pegándole, golpeándole con saña, emitiendo gritos inarticulados...

Cuando se abrió la puerta, minutos después, todavía seguía descargando golpes en una cabeza qué ya no era sino una masa de huesos y sangre encefálica horriblemente machacados.

—No me quería, no me quería... —tartajeaba—. Ninguno me quiere,

ninguno me quiere...

Lady Myrtle y el doctor Peters cambiaron una mirada. El segundo venía ya prevenido y clavó una aguja en el brazo izquierdo de la mujer. Ella se desplomó sin sentido a los pocos momentos.

—Hemos fracasado de nuevo, doctor —dijo la anciana sombríamente, con la respiración muy alterada.

—La culpa no es mía, señora —respondió Peters con frialdad—. ¿Ha vuelto Hu?

—Sí, doctor:

—Envíelo aquí inmediatamente. Envíe también a Wingate; Hay mucho trabajo por hacer, antes de que llegue el nuevo día.

—Está bien, doctor.

Lady Myrtle, como abrumada por una pena infinita salió de la habitación. Arrastraba los pies al caminar y tenía los hombros hundidos.

—¿No será posible que un día pueda ser feliz? —murmuró.

* * *

Bostezando aparatosamente, con las greñas cubriéndole el ojo izquierdo, envuelta en una bata y los pies metidos en unas zapatillas de tacón alto, Fanny Dready abrió la puerta. Para ver mejor a los visitantes, se despejó la frente de un manotazo.

—Hola —dijo el hombre—. Soy Lane Bullock. Ella es Dolly Painter. Deseamos hablar con usted, señorita Dready.

—Nos envía su amiga Hazel Hugues —añadió Dolly

Fanny enarcó las cejas, apenas visibles, a causa de la depilación y faltas de lápiz negro en aquellos momentos.

—La buena de Hazel —sonrió—. Se ha acordado de mí, según parece. Pasen, pasen... Dispensen la…, decoración, pero acabo de levantarme. Si lo desean, puedo hacerles té...

—No es necesario, no se moleste, señorita —dijo Bullock—. Ayer estuvimos hablando con Hazel de un conocido común a todos, Hillary Baxter, Creo que también usted lo conoce.

—Vaya con el simpaticón de Hillary —exclamó Fanny—. ¿Qué le sucede?

—Eso es lo que queremos averiguar —terció Dolly—. Se trata de ciertas deudas...

—¡Uf, deudas! Por ahí hay quien dice que los habitantes de Londres se dividen en dos clases: los acreedores de Hillary y los que no les debe dinero. De estos últimos hay muy pocos.

Bullock sonrió al oír la sarcástica respuesta.

—Tenemos entendido que Baxter fue a un lugar llamado Sysling Hill —manifestó.

Fanny se puso rígida al oír pronunciar el nombre.

—No me hablen de aquel lugar —dijo—. Estuve solamente dos semanas,

pero no volvería allí ni aunque me pagasen mil libras diarias.
—¿Por qué? —Preguntó Dolly—. ¿Tan horrible es la propiedad?
Fanny buscó cigarrillos y se puso uno entre los labios, que aún conservaban restos de pintura. Cortés, Bullock le ofreció fuego con su encendedor.
—Me contrataron para sirvienta, pero, aunque el sueldo era bueno, la casa y sus habitantes no me gustaban en absoluto —respondió—. Así que un día pedí la cuenta y me largué. La vieja gruñó, pero yo le dije que si no me pagaba me era igual, porque era capaz de marchar me desnuda y a pie hasta la estación del ferrocarril. Entonces, me dio una docena de libras, hice el equipaje y me largué. Pero aún no estoy muy segura de que no quisieran liquidarme.
—¿Matarla? —se asombró Bullock.
—En esa casa vive gente muy rara, empezando por la dueña. Es una vieja medio chiflada, que se llama lady Myrtle Dalymond. Están el mayordomo, un tipo alto y delgado como un poste de telégrafos, llamado Wingate; el doctor Peters, un médico medio loco, que no parece vivir sino para comer... y el chófer oriental, Hu Li-Ching.
—Chino —dijo Dolly.
La prostituta se encogió de hombros.
—Puede —contestó—. Créanme, yo quería abandonar este maldito oficio..., pero aquella casa me daba miedo. Pasaban cosas muy raras, ¿comprende?
—¿Por ejemplo. .?
—La comida. Hu, el chino, se encargaba casi siempre de guisar; a veces lo hacia el propio Wingate. Preparaban cantidades inmensas de comida... Oiga, a veces yo pensaba si no tendrían alojado un batallón de paracaidistas...
—Antes ha dicho que el doctor es un tragón —le recordó Bullock.
—Pero al doctor yo le veía comer. En cambio, no sé quién devoraba aquellos inmensos platos de comida. Una vez, sin embargo, oí unes chillidos... Yo pienso que en aquella casa hay una mujer loca y la tienen secuestrada Pero la vieja me había dicho que no metiese las narices donde no debía, y yo, que en un principio me gustaba el empleo, obedecí la orden. Sin embargo, un día apareció Hillary por allí. Por supuesto, fingimos que no nos conocíamos. Entonces, al día siguiente, la vieja me ordenó que me acostase con Hillary.
—¡Caramba, es una celestina! —respingó Dolly.
—No lo sé, ni me importa. Dijo que por el «trabajo» me ganaría diez libras extra... Por cierto, no las he visto, pero tampoco me importa. Además, yo conocía a Hillary y sabía que ora todo un hombre, de modo que no me importó. Lo pasamos bastante bien, créanme.
—¿Qué ocurrió después?
—Cuando llegó el señor Hillary, yo ya había tomado mi decisión. Me habría Ido aquella misma noche, pero puesto que él ya estaba en la casa,

pospuse la marcha para el día siguiente.

—¿No se le ocurrió preguntarle a qué había ido a Sysling Hill?

—Sí, pero no quiso ser muy explícito. Dijo algo de trabajos especiales, pero eso es todo lo que conseguí sacarle Además, tampoco me importaba demasiado. Le advertí que en aquella casa pasaban cosas muy raras, era lo menos que podía hacer. Y a la noche siguiente me marché. Hu me llevó a la estación..., bueno, sólo hasta la mitad del camina Su mirada no me gustaba. Yo empezaba a sentir ya un pánico espantoso.

—¿Temía que la hiciesen algo malo, señorita Dready? —quiso saber la joven.

—Sólo sé que sentía muchas aprensiones y que le hice parar unos momentos, diciéndole que me sentía mareada. Entonces, aproveché para escapar a campo traviesa. Todavía no me he recobrado del susto, créanme.

—Quizá oran sólo aprensiones —sonrió Bullock.

—Yo tenía un miedo espantoso. El chino me estuvo buscando como loco. Si no le hubiese importado nada, habría dado media vuelta para volverse a casa. Algo quería hacerme aquel tipo, se lo aseguro.

—Encuentro extraño que en dos meses que han pasado desde entonces, no la hayan encontrado..., si es que de veras querían causarle algún daño —observó Dolly.

—Señora, cuando yo fui a Sysling Hill vivía en otro sitio y usaba un nombre distinto. Sí buscan a May Bowers, créanme, no la encontrarán jamás.

—Así se llamaba usted cuando fue a Sysling Hill.

—En efecto.

Bullock hiz0 un leve gesto con la cabeza. Sacó un billete de cinco libras y se lo entregó a la mujer.

—Gracias por sus informes, señorita Dready —se despidió.

CAPITULO V

Unos minutos más tarde, se hallaban sentados en un pub. frente a frente. Dolly había pedido té y Bullock consumía lentamente una pequeña jarra de cerveza.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó ella, pasudos unos minutos.

—Ya no cabe duda de que Baxter fue a Sysling Hill, lo mismo que Farlane y lo mismo que mí amigo Southman. Pero ninguno de ellos ha vuelto.

Dolly sintió un escalofrío.

—¿Sospechas que han podido ser asesinados?

—Hay algo que me desconcierta... —manifestó Bullock—. Farlane fue a Sysling Hill con veinte mil libras en el bolsillo. Podría pensarse que lo asesinaron para robarle..., pero antes que él fue un tipo como Baxter, tramposo y entrampado hasta las cejas, pese a la hipoteca, y después fue Southman, un individuo que vive de su trabajo. El dinero, por supuesto, no está en el fondo del asunto. Pero ¿qué es lo que sucede en Sysling Hill?

—Fanny habló de la dueña, de un médico chiflado y de la servidumbre, además de una mujer que está encerrada en alguna parte de la casa. Tal vez la presencia del médico esté relacionada con la mujer encerrada, ¿no?

—Se me está ocurriendo una idea —dijo Dolly—. Claro que —añadió sonriendo—, después de conocer la fama de Baxter, no creo que ya te interese mucho. Me parece que ese tipo tomó también el pelo a vuestra compañía

Bullock asintió.

—Sí, nos estafó con esa hipoteca., pero, a pesar de todo, a la compañía le interesa llegar hasta el final.

—Muy bien, entonces, nada mejor que ir a Amory Fields y empezar a adquirir informes de lady Dalymond y su pandilla. ¿Qué te parece?

—¿Irás tú?

—Por supuesto. Ya me imagino que tú tienes mucho trabajo...

—Sí, en estos días, bastante. Quizá la semana próxima me desahogue un poco, pero ahora estoy realmente agobiado. Esta noche, por ejemplo, me quedaré hasta muy tarde.

—Quizá eso te cure de tu afición al canibalismo... —dijo Dolly jovialmente.

—Lo dudo mucho... y ya caerás en mis garras —rió él—. Poro si viajas a Amory Fields, permíteme un consejo.

—Sí, Lane.

—Cambia tu aspecto. Ponte una peluca negra, lentes, coloreados o no, pero discretos. La ropa, también discreta; a veces, y perdona la franqueza, resultas un poco exagerada. A mí me gustas muchísimo así..., pero en Amory Fields tienes que dar una impresión muy distinta, no sé si me habrás entendido.

—Te he comprendido, Lane, y seguiré tu consejo. Anda, pide la cuenta; he de empezar a preparar mi viaje y tú debes volver a tu trabajo.

* * *

El hombre, todavía joven, pero vestido desastrado y con un pequeño saquete al hombro, avanzó cautelosamente a lo largo del jardín, deteniéndose a escuchar de vez en cuando. Le parecía muy extraño que no hubiese un solo perro en aquella propiedad. En todas las casas de campo había perros, poro allí, por lo visto, los detestaban.

Mejor, se dijo, así se evitaba problemas. Lentamente se acercó a la entrada y entonces, cuando se disponía a llamar, alguien abrió la puerta bruscamente.

—¿Qué desea? —preguntó Wingate con acento hostil.

El vagabundo se quitó el mugriento sombrero que cubría su greñuda cabellera.

—Dispense, señor... Tengo hambre y sólo deseo un poco de pan...

—¡Largo, miserable! Aquí no damos limosnas...

—¡Un momento. Wingate!

El mendigo miró a través de la puerta y vio a una ,mujer ya vieja, enteramente vestida de negro, con cuello y puños blancos, de nariz afilada, sobre la que cabalgaban unos lentes de montura de oro y que fumaba un cigarrillo situado al extremo de una boquilla de un palmo de largo. La anciana caminaba pausadamente, apoyada en un bastón de ébano, con puño de plata.

—Ha dicho que tenía hambre, amigo —dijo la anciana.

—Sí, señora. Estoy sin trabajo... Perdón, señora; me llamo Bill Chesham. Tengo todavía los documentos de los seguros sociales...

—Soy lady Dalymond —se presentó ella—. ¿Cuántos años tiene usted, señor Chesham?

—Treinta y nueve, señora.

—Es fuerte como un roble, imagino.

—Mi salud es buena, sí, señora, gracias a Dios. Pero en los últimos tiempos he tenido mala suerte con el trabajo... Hay mucha crisis...

—Bill, permítame que le llame así, aquí podamos darle un empleo —dijo lady Dalymond—. ¿Wingate?

La anciana entregó su boquilla al mayordomo. Luego hizo un gesto con la mano.

—Entre, Bill —dijo amablemente—. Lo primero que deberá hacer, sin embargo, es darse un buen baño... Wingate, creo que en la habitación del lado norte quedan aún ropas de mi sobrino.

—Así es, milady.

—Muy bien, entonces, acompañe al señor Chesham hasta esa habitación, para que se bañe y se cambie de ropas antes de bajar al comedor.

—Señora, no sé cómo darle las gracias... —exclamó el vagabundo, vivamente agradecido.

—No se preocupe, amigo mío; me gusta ayudar a los necesitados. Por cierto, la propiedad está rodeada por una tapia. ¿Cómo ha conseguido entrar?

—Hay una brecha en el lado oeste, señora. Sin duda, la tapia se derrumbó a causa de las lluvias.

—Habrá que reparar esa brecha, Wingate.

—Sí, señora —se inclinó el mayordomo.

—Ande, vaya con el mayordomo... —dijo lady Dalymond—. Una vez que esté debidamente aseado, podrá saciar su apetito y luego hablaremos de su empleo. Ah, Wingate, si no hubiera en la habitación, proporciónele al señor Chesham una navaja de afeitar.

—Bien, señora. Por aquí, señor Chesham —dijo Wingate.

Myrtle quedó en el vestíbulo. La boquilla estaba encima de una consola y le puso un nuevo cigarrillo. Entonces, apareció el médico.

—Me ha parecido ver a un nuevo invitado —dijo Peters.

—Sí, es cierto.

—Tendré que reconocerle…

—Estoy por asegurar que en esta ocasión no voy a necesitar de sus servicios, doctor.

—Pero, señora...

—Doctor, si le necesito, ya le llamaré no se preocupe.

—Debe evitar resultados perniciosos...

—Para evitar esos resultados perniciosos, es preciso conseguir antes otra clase de resultados

—contestó ella sarcásticamente. Miró a Peters a través del humo—. Doctor, ¿por qué no ha tomado en alguna ocasión la medicina que recetó a otros? Usted también es relativamente joven, tiene la salud de un toro...

Peters emitió un bufido.

—Yo no podría permitirme una cosa así con una paciente —dijo—. Ética profesional, milady.

—Ya, ya... —La anciana emitió una risita burlona—. Bueno, puede retirarse, matasanos.

Los labios del médico se contrajeron. En silencio, dio media vuelta y se alejó.

Al quedarse sola, la anciana miró hacia arriba y sus piró. Si ahora resultase... Quizá era Bill Chesham el hombre que necesitaban.

* * *

Cuando sonó el teléfono Bullock pensó que sería Dolly, pero se engañaba. Era Fanny Dready.

—Señor Bullock, tengo algo que puede interesarle. Me la encontré ayer por casualidad y sé que ella sabe más cosas de Sysling Hill. Vaya a la calle Lollard, en Lambeth, número doscientos uno. Se llama Madame Futura.

—¿Una adivinadora? —respingó el joven.

Fanny soltó una risita.

—No se fije en la indumentaria ni en la profesión —contestó—. Dígale

que va de mi parte, eso es todo.

Bullock dejó el teléfono sobre la horquilla, más desconcertado que preocupado. Nunca se le había ocurrido visitar a una echadora de cartas o una vidente; pensaba en esa clase de personas como embaucadoras de tipos crédulos..., pero bien era verdad, se dijo, que una adivinadora del porvenir podía saber muchas cosas. Merecía la pena, pues, visitar a madame Futura.

Aceleró el ritmo de su trabajo y, a las seis y media, llamaba ante una puerta, sobre la que se veía una placa de bronce dorado, con el nombre de la ocupante de la vivienda. Apenas había tocado la placa, la puerta se abrió por sí sola,

—Avance en silencio —dijo una voz, que parecía brotar de todos los puntos al mismo tiempo—. Despacio, concentrándose en sí mismo..., para que yo pueda concentrarme en su mente. Siga, siga recto...

Bullock atendió las indicaciones de la vidente. Caminó a lo largo de un pasillo tenuemente iluminado y tapizadas las paredes con gruesos cortinajes de color carmesí. Al final del pasillo había una puerta, que se abrió por sí sola, dejando el paso libre a una habitación circular, igualmente decorado con cortinas de color rojo oscuro y con una luz blanca en el techo.

En el centro de la estancia había una mesa, sobre la que se divisaba una bola de vidrio. Bullock ocultó una sonrisa. Sí, era la escenografía clásica de una vidente.

—Siéntese —dijo la voz.

Bullock obedeció. De pronto, la luz se apagó, pero volvió a encenderse unos segundos más tarde. Entonces, la vidente, apareció ante los ojos de Bullock.

—Está aquí para que le sea leído su porvenir —dijo madame Futura.

—Señora, no quisiera ofenderla, pero una amiga suya me recomendó a usted... Se llama Fanny Dready...

La vidente, que aparecía cubierta por una larga capa negra, que ocultaba su cuerpo totalmente, incluso las facciones estaban cubiertas por la capucha, pareció sorprenderse un instante. El joven añadió:

—Me llamo Lane Bullock.

Hubo un instante de silencio. Luego, de pronto, la vidente dijo:

—He adivinado lo que va a suceder dentro de unos minutos, señor Bullock.

La luz se apagó de nuevo. Cuando volvió a encenderse, Bullock, asombrado, observó un cambio espectacular en la vidente.

Ya no tenía puesta la capa. Ahora vestía solamente una especie de túnica blanca, totalmente transparente, lo cual permitía ver un cuerpo espléndidamente formado, sin otros ropajes. El pelo, negro, muy largo, aparecía suelto. En sus labios rojos lucía una sonrisa llena de insinuaciones.

—Te envía Fanny —dijo la vidente.

—Sí, señora...

—Entonces, ven, sígueme.

* * *

Casi una hora después, Bullock encendió un par de cigarrillos y pasó uno a la hermosa mujer que estaba en la cama, a su lado.

—¿Haces siempre esto con tus clientes? —preguntó, sonriendo.

—Me encapricho de algunos. Sé darme cuenta de cuándo están con problemas... físicos, casi siempre son casados, y ello me permite cobrar unos honorarios más altos —respondió ella con todo desparpajo.

—No está mal. Pero aún no me has dicho tu nombre verdadero... Oh, sí no quieres...

—No tengo ningún inconveniente. Me llamo Belle Bawnell. Pero, ¿por qué te recomendó Fanny?

—Dijo que tú podrías darme informes sobre Sysling Hill.

—Ah, es eso —murmuró Belle, pensativamente—. Trabajé hace años con la vieja.

—¿Lady Dalymond?

—Sí. Un poco chiflada, pero buena persona. Al menos, entonces, claro.

—¿Y ahora?

—No he vuelto a verla. Tal vez ha cambiado. Te hablo de siete u ocho años atrás. Yo tenía entonces poco más de veinte. En la casa había un ama de llaves, que ya murió, la señora Clevers. Ella me contó algo de la tragedia de lady Dalymond. Se casó y enviudó pronto. A los dos años de enviudar, un ladrón asaltó su casa y la violó. Tuvo una hija... Eso ocurrió hace unos treinta y dos años.

—Sí, continúa, es muy interesante.

—La niña se llama Roxana. Bueno ahora ya tiene treinta años bien cumplidos. Cuando yo la conocí pesaba más de cien kilos. Comía desaforadamente. Era una especie de enfermedad aunque el ama de llaves me dijo que también se debía a un desarreglo mental. En la hija se repitió lo de la madre, si bien Roxana no tuvo descendencia. A mí me pareció que era subnormal, muy infantil en algunas cosas... y con un genio terrible en ocasiones. Pero su madre la adoraba y no quería que le sucediera nada malo... Ya no sé qué más contarte. Lane.

—¿Por qué abandonaste Sysling Hill?

—Vivía bien, pero era una existencia sin perspectiva. Entonces, se me ocurrid hacer de adivinadora del futuro. No te imaginas la cantidad de estúpidos de ambos sexos que pican al cabo del día. A un par de libras por consulta, imagínate.

—Y, a veces —sonrió Bullock—, llega un cliente que te gusta.

Belle le abrazó, a la vez que frotaba sus redondos senos contra el pecho del joven.

—Sí el cliente se porta bien, la consulta es gratuita —dijo ardientemente.

CAPITULO VI

—Ahora ofrece un aspecto mucho mejor, señor Chesham —dijo la anciana.

—Se lo debo a usted, señora —contestó Chesham.

El invitado se pasó una mano por la barbilla, completamente limpita de vello. Ahora vestía ropas usadas, pero en perfectas condiciones y se creía un hombre distinto, sobre todo, después de haber saciado el apetito.

—Siempre resulta agradable ayudar a los que pueden menos que nosotros —contestó lady Dalymond.

—Gracias de nuevo, señora —dijo Chesham—. Pero si no tiene inconveniente, me gustaría hablar del empleo que me prometió. Soy fuerte, tengo dos buenos brazos... Con el debido respeto, he visto el jardín bastante descuidado...

—No se preocupe del jardín por el momento, Bill.

Chesham miró de reojo al médico, que comía a su izquierda, sin dar importancia a lo que se hablaba en la mesa. Aquel tipo, pensó, parecía un hambriento crónico. Debía de costar una fortuna alimentarle.

Pero sí la vieja se lo permitía

Miró a lady Dalymond y sonrió.

—Esta noche dormirá en otra habitación, Bill —dijo la anciana—. Wingate se la indicará.

—Gracias, señora.

Minutos después, Chesham, precedido del mayordomo, subía al piso superior. Wingate se detuvo ante una puerta, que abrió ligeramente.

—Su habitación, señor.

—Gracias.

Chesham franqueó el umbral. La puerta se cerró a sus espaldas. Le pareció que alguien daba dos vueltas a una llave, pero no prestó la menor atención al detalle.

Había un pequeño resplandor en el dormitorio, procedente de una lámpara de escasa potencia, situada en un rincón. Chesham avanzó un par de pasos y, de pronto, se detuvo.

La mujer que estaba en la cama elevó sus brazos hacia él.

—Ven, querido...

Chesham sintió que la comida le subía a la boca.

—¡Dios, no es posible! —murmuró.

—¿No quieres tomarme, cariñito? —dijo la mujer.

Chesham se volvió y miró hacia la puerta. ¿Qué pretendían de él? ¿Por quién le habían tomado? ¿Qué clase de chiflados habitaban aquella casa?

Tragando saliva, contestó:

—Señora, temo que el mayordomo se ha equivocado de habitación.

—No, te ha traído al dormitorio que ocuparás esta noche, a mi lado, toda la

noche... Ven, anda, no seas remilgado... Quiero hacerte muy feliz..

Hubo un momento de silencio. De pronto Chesham fijó la vista en la ventana.

En la tapia había una brecha. No debía temer a los perros de guarda, porque no los había. Estaba muy agradecido a la vieja por la hospitalidad, las ropas y la comida, pero si tenía que pagarlo de aquella forma tan repugnante...

De repente, corrió hacia la ventana, la abrió y pasó una pierna por el alféizar. La mujer lanzó un grito de furia.

—¡Miserable, no escaparás! —chilló.

—Adiós, preciosa —contestó Chesham burlonamente.

Pasó la otra pierna, dio media vuelta y se colgó del antepecho. Miró un instante hacia abajo; el suelo se hallaba a casi cuatro metros. Saltó literalmente, procurando caer sobre un denso macizo de flores, lo que amortiguó el impacto de la caída. Rodó por tierra y se levantó en el acto, pero entonces vio a tres sujetos que le cerraban el paso.

—Debe volver a su dormitorio —dijo el doctor Peters.

—Pero, ¿por qué? Esa... ella no me gusta... Lo siento, es superior a mis fuerzas...

—Inténtelo, Bill.

Chesham sacudió la cabeza. Sentíase presa de un inmenso pánico, pero, al mismo tiempo, consideraba su fuerza física. Sí, eran tres contra uno, aunque tenía la seguridad de que ninguno conocía alguno de los sucios trucos que había empleado en más de una pelea tabernaria.

El más fornido parecía Peters. De súbito, cargó contra él, pero, entonces, algo le hizo tropezar y cayó de bruces.

Seis pares de brazos se apoderaron de su cuerpo y lo levantaron en vilo. Chesham perneaba frenéticamente, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Así, en volandas, fue transportado de nuevo al interior de la casa. La anciana estaba en el vestíbulo y le dirigió una mirada de reproche.

—No debió haber intentado nunca la huida. Bill —dijo, con acento pesaroso— Yo le había ofrecido un empleo tranquilo, apacible, bien pagado... y usted me lo agradece, intentando escaparse...

—Señora —tartajeó Chesham—, hay cosas que un hombre no...

Lady Dalymond movió ligeramente el bastón.

—Llévenlo con ella —ordenó.

A pesar de sus desesperados esfuerzos, Chesham fue conducido de nuevo al dormitorio, a cuyo interior lo arrojaron sus captores sin la menor consideración. Chesham dio una vuelta por el suelo y se sentó, contemplando con ojos de horror a la mujer que avanzaba lentamente hacia él.

—Yo te quiero..., yo te quiero... —decía ella—. No me rechaces, amor mío...

Chesham se puso en pie. Retrocedió. De pronto, sin poder contenerse, escupió a la cara de la mujer.

Entonces, ella, pareció enloquecer.

Abajo, la anciana y sus sirvientes, aguardaban expectantes. La casa estaba en silencio.

De pronto, aquel silencio se quebró por un terrible alarido. Luego se oyeron una serie de ruidos horripilantes.

Lady Dalymond inclinó la cabeza. Rodaban las lágrimas por sus mejillas apergaminadas.

—¿No podremos solucionar jamás este problema? —murmuró.

* * *

—¿Qué tal te ha sentado la excursión? preguntó Bullock.

Dolly, vestida con una bata corta, debajo de la cual no llevaba más ropa, y zapatillas de baño, llenó dos copas y entregó una a su visitante.

—Como excursión, ha resultado encantadora —respondió, a la vez que se sentaba en una butaca—. Amory Fields es un pueblo encantador, pero allí saben muy poco de los habitantes de Sysling Hill.

—La distancia es corta, menos de seis millas.

—Para las gentes de Amory, los habitantes de Sysling Hill viven en la luna. Apenas los ven; no se relacionan con las gentes del pueblo.

—Entonces, no has averiguado nada.

—Hombre, tanto como nada... Lady Dalymond tiene una hija medio loca y no la deja salir de casa. Al parecer, no quiere que la vea nadie.

—Debe de tener un aspecto horrible.

—Eso supongo. También sé que hay allí un médico, no demasiado apreciado por las gentes de Amory Fields.

—¿Por qué?

—En el pueblo hay un médico, desde luego. Sin embargo, en alguna ocasión se ha ausentado y los vecinos fueron a Sysling Hill para que el doctor Peters atendiese a unos enfermos de urgencia. Esto ha sucedido en dos ocasiones. Peters se negó en redondo. El médico del pueblo fue a verle, para reprocharle su actitud, carente de ética, pero Peters le envió al diablo lindamente.

—En esa casa sucede algo muy extraño —murmuró Bullock pensativamente—. No resulta muy corriente que una mujer sea violada, tenga una hija, como consecuencia de esa violación y que, veinte años después, la hija sea también violada. Esto, sin duda, ha provocado en ellas serios traumas..., pero ¿qué clase de traumas?

Dolly se quedó pasmada al escuchar aquellas palabras.

—¿Cómo ha averiguado tantas cosas? —preguntó.

—Fanny Dready me indicó el nombre de cierta persona que trabajó para lady Myrtle Dalymond hará ocho o nueve años. Fui a visitar a esa persona y me facilitó bastantes datos, aunque, claro está, referidos a aquella época. Digamos, incluso, que hasta hace unos cinco años. Techa en que abandonó el

empleo.

—Interesante —calificó Dolly—. De modo que madre e hija...

—Sí, fueron violadas con veinte años de intervalo. Quizá una mujer llegue a superar el trauma que representaría en ella un suceso de semejante calibre; pero si se repite en la hija...

—Cualquier cosa puede resultar posible —dijo la joven, estremeciéndose.

—¿Por ejemplo?

—Matar a los hombres.

Bullock saltó en su asiento.

—¡Dolly!

—Un hecho semejante puede provocar en una joven un sentimiento insano hacia los seres del sexo opuesto —dijo la joven sombríamente—. Algunas superan ese trauma; otras, en cambio..., pueden sufrir alteraciones psíquicas de las que no tenemos la menor idea.

—¿Cómo puedes hablar así...?

De pronto, Dolly se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia. Con gran asombro por su parte, Bullock observó que la joven estaba sumamente agitada.

Al cabo de unos segundos. Dolly se volvió hacia él y le miró penetrantemente.

—Lane, ¿recuerdas la noche en que nos asaltó el ladrón, al que di una buena tunda?

—Claro que lo recuerdo. ¡Nunca había visto una cosa semejante! —exclamó Bullock.

—No sólo aprendí defensa personal por mi profesión, sino para evitar que me sucediera de nuevo lo que me ocurrió hará un par de años. Entonces, no pude oponer resistencia y tuve que dejarme violar, sí no quería morir degollada. Entonces, juré que no volvería a pasarme de nuevo una cosa semejante.

—Oh, no. Dolly, eso es imposible...

Ella sonrió tristemente.

—Te estoy contando la verdad —respondió—. También yo resulté traumatizada y dudaba mucho de que un día pudiera superar ciertos estados de angustia. Tú me viste alegre, desenvuelta, vivaracha..., pero eso era sólo la fachada, no podías ver lo que había en el interior.

—Sin embargo, el primer día en que nos conocimos...

—En cierto modo, te engañé. Hacía ya tiempo que deseaba probarme a mí misma. Por la acción ultrajante que pueda cometer un hombre, no debo medir a los demás por el mismo rasero. No sé, en aquellos momentos, decidí que no podía demorar la prueba un solo instante más. Apenas te conocía y, sin embargo... —Dolly volvió a sonreír—. Ahora ya conoces la verdad. Lane.

Bullock se puso en pie y se apoderó de las manos de la joven. Dolly temblaba de pies a cabeza.

—¿Conseguiste superar tus temores? —preguntó.

—Sí, por completo —respondió ella con acento lleno de sinceridad.

—No sabes cuánto lo celebro...

—Pero otras mujeres, en cambio, no pueden olvidar un suceso que altera sus vidas de una manera radical. Para algunas, incluso, es una especie de veneno que actúa muy lentamente, o como una semilla de odio, muy diminuta, que va creciendo de forma apenas perceptible, durante años y años y, de repente, hace eclosión repentinamente, con fuerza destructora. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Tú piensas que lady Dalymond y su hija Roxana atraen a los hombres a su casa y les dan muerte, para vengarse de algo que les hicieron años atrás —dijo Bullock.

—Sí, seguro. Fíjate en una cosa: Baxter, Farlane y Southman eran hombres jóvenes, bien parecidos, robustos... Ninguno de ellos había cumplido aún ni de lejos los cuarenta años. Baxter, según sabemos, era una especie de garañón bípedo. De alguna forma que ignoramos, fueron atraídos a Sysling Hill y asesinados.

—¿Sólo por vengarse de unos ultrajes sufridos hace años?

—Y porque eran esos hombres.

CAPITULO VII

Bullock fue al aparador y llenó las copas de nuevo. Dolly tomó un sorbo, muy pensativa.

—A mi me parece... —dijo él de pronto.

—¿Si, Lane?

—Hay algo más que la simple venganza, Dolly. Y aunque se trate de una venganza, quieren obtener algún provecho de ella.

—¿Dinero?

—Farlane se marchó de casa con veinte mil libras.

—Había cometido un desfalco. A Baxter no le pidieron dinero ni tampoco a Southman. Seguramente, Farlane pensó que Sysling Fields podía ser un buen escondite, hasta que se hubiese posado el polvo levantado por su huida. Al cabo de algún tiempo, la vigilancia policial se habría relajado y podía abandonar Sysling Hill, marchándose del país.

—Es posible, pero yo pienso que esas mujeres aprovechan sus sentimientos de venganza para algo más, aunque no se me ocurre qué pueda ser.

—Los matan, Lane.

—No tenemos pruebas ni siquiera para expresar nuestras sospechas a la policía. Suponte que fueses del Yard y viajases hasta Sysling Hill Te dirían, con toda seguridad, que esos hombres, efectivamente, estuvieron allí, pero que se marcharon y desconocen su paradero. Con toda seguridad, han hecho desaparecer cuanto pueda relacionarse con ellos, ropas, objetos personales.. No conseguiríamos nada, créeme.

De pronto, Dolly chasqueó los dedos.

—Quizá logremos algo sin salir de Londres —observó.

—¿Cómo? —preguntó él.

—En casa de Southman debe de haber papeles, anotaciones. . El investigaba la desaparición de Farlane. Debió de averiguar algo y escribir anotaciones sobre sus pesquisas.

—Es verdad —dijo Bullock.

—Muy bien, entonces, voy a vestirme. Aguarda unos minutos, por favor.

Bullock alargó la mano y asió el brazo de la joven.

—Dolly

Ella se volvió. Bullock la atrajo suavemente hacia sí.

—Siento infinito lo que te ocurrió...

Dolly se esforzó por sonreír.

—Ya lo he olvidado. Y. tú me ayudaste muchísimo —dijo.

Bullock notó contra su pecho el cálido latido de los senos de la joven. Ella le miró fijamente y movió la cabeza un par de veces.

—Ahora, no —murmuró.

—Comprendo. Todavía te cuesta superar...

—Si, Lane. Pero no te preocupes; un día lo olvidaré todo.

—Eso espero, encanto.

Dolly se marchó, para regresar antes de un cuarto de hora. Inmediatamente, salieron a la calle.

* * *

Con ojos incrédulos, Dolly y Bullock contemplaron el singular espectáculo que ofrecía un despacho de trabajo, absolutamente huérfano de papeles de todas clases. El conserje del edificio quien, además, conocía a la joven, les había facilitado sin problemas una llave del apartamento.

—Esto es increíble —dijo Dolly, cuando se hubo repuesto de la sorpresa.

Había un pequeño archivador. Deprimido, Bullock comprobó que todos sus cajones estaban completamente vacíos.

La carpeta, los cajones de la mesa de despacho, cualquier rincón en el que pudiera guardarse o esconderse un documento, todo aparecía absolutamente vacio y limpio. Incluso el calendario-agenda de sobremesa había desaparecido.

—Ahora ya no me cabe la menor duda —dijo el joven sombríamente—. Telley ha sido asesinado.

—Sabía algo importante., y le hicieron desaparecer.

—Sí.

—Lane, creo que deberíamos avisar a la policía...

Bullock hizo un gesto negativo.

—Presiento que nuestro amigo ha muerto. La policía ya no podría hacer nada y, aunque nosotros pensemos que, efectivamente ha sido asesinado, las pruebas que podríamos presentar son muy débiles.

—Pero el despacho está completamente vacío, Lane —afirmó la joven.

—Precisamente por eso mismo. ¿Quién no diría, al verlo, que Telley se mudó y que se llevó toda su documentación?

—He visto ropa en los armarios...

—Pero los papeles pueden resultarle más útiles, para seguir su trabajo en otra parte. No, alguien estuvo aquí, después de su marcha, y vació el despacho.

Dolly se mordió los labios.

—Entonces, ¿qué podríamos hacer? —dijo, muy desanimada.

—Hay una solución, encanto.

Ella le contempló fijamente.

—¿Si?

—Iré a Sysling Hill.

—¡No, Lane!

—Lo siento, pero es la única solución.

—Es que tengo miedo...

—Al menos, cuento con la ventaja de estar advertido. Ya procuraré ser

precavido.

—Esto no me gusta, Lane.

Bullock la abrazó tiernamente.

—Es preciso hacerlo —dijo con firme acento.

* * *

El tiempo era excelente, finalizado apenas el verano. Ya se doraban las hojas de los árboles y el paisaje mostraba un aspecto realmente encantador. Caminando sin prisas, con una pequeña mochila a la espalda, Bullock se acercó a la verja de acceso a Sysling Hill.

Allá, en la casa que se veía al fondo, a unos trescientos metros de distancia, habían ocurrido cosas terribles. ¿Qué clase de muerte habrían sufrido aquellos tres desgraciados? ¿Les habrían torturado bestialmente, para hacerles pagar los ultrajes sufridos por las dos mujeres muchos años antes?

La casa le pareció de pronto un espantoso dragón, con las fauces abiertas. «Sólo tengo que retirar la cabeza antes de que las cierre», pensó el joven, a la vez que apretaba el timbre de llamada que había en uno de los lados.

A los pocos segundos, oyó una voz poco amistosa:

—¿Quién es? ¿Qué pretende usted?

—Siento molestarles, pero ando buscando trabajo Puedo limpiar el jardín...

—¡Lárguese, estúpido!

—Oiga

Una voz de mujer salió de pronto por el micrófono oculto...

—Un momento, Wingate.

—Milady...

Hubo una pausa de silencio. Bullock tendió la vista hacia la casa y adivinó que alguien le contemplaba a través de unos prismáticos.

—Abra la verja, Wingate —sonó la voz de la anciana nuevamente—. Tal vez ese joven pueda hacer lo que ha prometido.

—Bien, milady.

Con un leve chirrido, la verja se deslizó a un lado. Bullock avanzó calmosamente. Vestía discretamente, cazadora, camisa a cuadros, pantalones y botas de medía caña. El jardín, en efecto, estaba bastante descuidado, observó. Había mucha maleza y la mayoría de las plantas crecían sin orden ni concierto.

La puerta se abrió cuando llegaba a la casa Wingate, el mayordomo, le contempló críticamente

—Pase, señor...

—Bullock. Lane Bullock, pero puede suprimir el tratamiento —dijo el Joven alegremente—. Soy muy campechano, ¿sabe?

—Por aquí.

Wingate caminó irnos pasos, abrió una puerta y, solemnemente, anunció:

—Milady, el señor Bullock.

Myrtle Dalymond contempló con interés al recién llegado. Estaba sentada en una butaca de alto y rígido respaldo y sostenía en la mano izquierda una larga boquilla, en la que humeaba un cigarrillo.

—Señor Bullock, soy lady Myrtle Dalymond —se presentó la anciana—. Dígame, ¿qué desea usted?

—Un empleo, si es que hay alguno vacante en su casa, señora. Pero, por favor, llámeme Lane...

—¿Es buena su salud? ¿Padece o ha padecido enfermedades contagiosas?

Bullock simuló ofenderse.

—¡Jamás, señora! Soy fuerte como un roble y Jamás he tenido enfermedades graves y mucho menos contagiosas, incluso las que se contagian al cabo de algunos años. He padecido el sarampión de pequeño, la varicela, algún catarro, pero, en suma, nada importante.

—¿Soltero?

—Sí, señora.

La anciana hizo un ligero ademán.

—Sírvase una copa, Lane.

—Mil gracias, señora.

—Es usted fuerte, en efecto. Pero no parece un vaga hundo.

—En realidad, lo soy, aunque no lo parezca. Pero sólo durante el verano. Estar encerrado en una oficina durante los meses mejores del año me deprime profundamente.

—Entonces, cambiará de empleo con frecuencia.

—Si encontrase algo interesante, dejaría esta clase de trabajo. Ahora, cuando regrese a Londres.... bien, allí siempre se necesitan amanuenses y cosas por el estilo.

—Entonces, usted, por el verano, se dedica a recorrer la campiña.

—Y cuando gasto el dinero, pido un empico, aunque no sea más que por la cama y la comida, señora. —Bullock levantó su copa—. A la salud de milady, con el debido respeto.

Ella hizo un ligero gesto con la cabeza. Luego señaló un cordón que había en una de las paredes.

—Haga el favor de llamar, Lane.

—Sí, señora.

El mayordomo se presentó a los pocos instantes.

—Wingate, el señor Bullock se queda en casa —dijo—. Acompáñele a su habitación.

—Bien, señora.

—Lane, empezará su trabajo mañana por la mañana.

El joven se inclinó.

—Estoy por completo a su disposición, milady.

«Bien, ya he metido la cabeza en las fauces del dragón. Habrá que evitar que se cierren antes de tiempo», pensó, poco más tarde, mientras se quitaba la mochila, en un dormitorio elegantemente decorado y que le pareció

absolutamente inapropiado para un mozo de jardinería.

Después de asearse, se sentó en una butaca y encendió un cigarrillo. Así, meditando, dejó pasar el tiempo, hasta que Wingate tocó en la puerta para avisarle que la cena estaba lista.

—Cenará en el comedor, con la señora y el doctor Peters —dijo el mayordomo glacialmente.

—Pensé que cenaría en la cocina.

—No —respondió Wingate lacónicamente.

—Hay un doctor en la casa.

—Es el médico personal de la señora. Por favor, tenía bondad de seguirme.

—Desde luego.

CAPITULO VIII

La cena, exquisita y abundante, fue servida por el chino. Peters no se preocupó del huésped en absoluto. Comía rápidamente, engullendo con una voracidad que dejó pasmado a Bullock, a pesar de que era hombre de buen apetito. Pero Peters le superaba con creces. La anciana, en cambio, comía menos que un gorrión. Su conversación, sin embargo, era amena, vivaz, agradable... Bullock se preguntó si aquella mujer tan encantadora, pese a sus años, había sido capaz de ordenar, o tal vez cometer personalmente, nada menos que tres asesinatos.

Todo podía ser. Había sentimientos que permanecían profundamente ocultos y que sólo salían a la superficie en determinados momentos, cuando se producía una explosión irreprimible. Tendría que cuidarse mucho, se dijo.

Después de cenar, Peters se levantó y, tras despedirse con algo que quería decir «buenas noches» y que no era sino una grosera mezcla de gruñido y eructo, abandonó el comedor. Bullock y la anciana quedaron frente a frente.

Ella le miraba sonriendo. De pronto, hizo una pregunta:

—Lane, amigo mío, dígame, ¿le gustan las mujeres?

—Pues..., sí, señora, me gustan.

—Habrá tenido alguna aventurilla.

—Señora...

—Vamos, vamos, yo ya soy vieja y conozco el mundo No se muestre reticente.

—Bien, señora, en ocasiones... Uno no deja pasar la ocasión sí la dama merece la pena.

—Me alegro, Lane. Yo me hubiera sentido muy defraudada de haber recibido una respuesta negativa.

—¿Por qué? Es natural que a un hombre le gusten las mujeres.

—¿Están todos en las mismas condiciones?

Bullock se echó a reír.

—Oh, comprendo.. Bien, por lo que a mí respecta, puede estar segura de que no tengo ciertas «debilidades», señora.

—En estos tiempos que corren, eso es muy estimable —De pronto, la anciana se puso en pie —. Creo que ya es hora de irse a la cama. Lane.

—¿Me permite? —Bullock rodeo la mesa y ofreció su bruzo a la dueña de la casa.

—Es usted un hombre muy galante, Lane —sonrió Myrtle.

—Gracias, señora.

Lentamente, subieron al primer piso. Myrtle le dejó en el corredor.

—Ya conoce su habitación, muchacho. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señora.

Bullock entró en el dormitorio y encendió la luz. Ahora, se dijo, debía dejar pasar el tiempo. Cuando todos estuviesen dormidos...

El se durmió también, aunque consiguió despertarse pasadas las dos de la madrugada. Se habla acostado vestido y, durante unos segundos, apoyado en un codo, escuchó atentamente.

En la casa reinaba un silencio absoluto. De pronto, en el gran carillón del vestíbulo, sonaron unas campanadas.

El tañido musical se alejó gradualmente. Volvió el silencio.

Lane se levanté de la cama y anduvo muy despacio hacia la puerta. Sin hacer el menor ruido, abrió y volvió a escuchar.

Todos estaban dormidos, calculó. Lentamente, salió al corredor y se acercó a la primera puerca.

Abrió. Daba a una habitación vacía. En la siguiente estaba el doctor Peters roncando estrepitosamente

Las restantes habitaciones de aquel lado estaban desocupadas. Volvió sobre sus pasos y abrió la puerta de la estancia contigua a la suya. También estaba vacía. Pero la siguiente puerta, apreció en el acto, estaba cerrada con llave.

De pronto, creyó oír un ruidito al otro lado. Agachándose con cautela, miró a través del ojo de la cerradura.

Alguien había encendido la luz. La mujer estaba sentada en un inmenso lecho y tenía en una mano una novela y movía la otra con cierto ritmo, para coger chocolatinas de una enorme caja que tenía a su derecha.

Durante unos segundos. Bullock se sintió pasmado, incapaz de dar crédito a lo que captaban sus retinas. De pronto, creyó comprender, al menos en parte, algo de lo que sucedía en aquella casa.

Aquella mujer encerrada, no cabía la menor duda, era la hija de mente deficiente de lady Myrtle Dalymond. Pero ¿cómo era posible que se hubiese convertido en un monstruo semejante?

De pronto, recordó algo de lo que le habían dicho dos mujeres, Fanny Dready y Madame Futura. ¿Era de aquella forma, comiendo voraz e insaciablemente, como Roxana Dalymond trataba de superar un trauma originado por la violación sufrida diez años antes?

Pero, sobre todo, ¿que tenía que ver el estado actual de la joven con las desapariciones de los tres hombres?

Por el momento, sin embargo, renunció a seguir mirando. Ya había visto lo suficiente y nadie se había enterado de sus movimientos. Lo mejor era seguir pasando desapercibido. Regresó a su dormitorio, se desvistió, se metió en la cama y apagó la luz.

No obstante, tardó mucho en volver a dormirse. Su cabeza era un torbellino… Había muchos enigmas que aclarar.... y lo que más le convenía era actuar con absoluta discreción.

O, de lo contrario, no podría sacar a tiempo la cabeza de las fauces del dragón.

* * *

Por la mañana, desayunó solo en el comedor. Hu le sirvió un pequeño banquete, sin pronunciar más palabras que las imprescindibles. Al terminar, pregunto al chino dónde estaba el cobertizo de las herramientas, para empezar a limpiar el jardín de maleza.

—Tendrás que esperar a recibir órdenes de milady —contestó Hu.

—Pero no me gusta estar mano sobre mano

—Haga lo que le digo. Dése un paseo, si se aburre.

—Está bien.

Bullock encendió un cigarrillo y abandonó el comedor. Una vez fuera de la casa contempló el extenso parque que rodeaba la propiedad. Bien cuidado, ganaría extraordinariamente..., pero ¿por qué una dama tan pulcra y cuidadosa de su aspecto personal, no se ocupaba de que alguien atendiese el jardín como era debido?

Y no había perros tampoco... Era raro, se dijo; en una mansión como Sysling Hill, lo lógico habría sido tener un par de buenos mastines. Pero quizá no le gustaban a la dueña o a su hija.

Durante un raro, paseó al azar, sin rumbo fijo. De pronto, descubrió una pequeña glorieta, con una pérgola circular. En el centro había un artístico surtidor, con un estanque de buenas dimensiones. Las hojas muertas abundaban en la glorieta. El estanque se hallaba completamente seco. No funcionaban los chorros del surtidor.

Era una pena, se dijo. En pleno funcionamiento, aquel surtidor debía cambiar notablemente el aspecto del lugar. De pronto, se dijo que él podía hacer que el agua saliera nuevamente por la media docena de orificios que había en el grupo escultórico, que remataba el conjunto.

Aunque trabajaba como abogado. Bullock era bastante mañoso para ciertos aspectos de la vida casera. Vio el registro donde, sin duda, estaba la llave de paso y se arrodilló, para levantar la tapa de metal que lo cubría.

De repente, oyó una voz estridente a sus espaldas:

—¡No toque eso!

Bullock se quedó rígido un instante. Luego, muy despacio, se levantó y giró sobre sus talones.

Wingate, el mayordomo, estaba a pocos pasos de distancia, contemplándole con ojos que despedían fuego. Bullock se sintió desconcertado por la actitud del sujeto. Pero, de pronto, le pareció ver que tenía la mano derecha demasiado cerca del bolsillo de su estirada chaqueta negra.

Una pistola de pequeño calibre cabía sin dificultad en aquel bolsillo, se dijo. Y era tan efectiva como una del calibre «45».

Sólo pretendía hacer que funcionase el surtidor —se disculpó.

—Se le ha dicho que espere a recibir órdenes de milady —recordó el mayordomo.

—Dispense, yo lo hacía con la mejor buena voluntad.

—Absténgase de hacer nada que previamente se le haya ordenado. Eso es todo.

Wingate hizo una ligera inclinación de cabeza, giró sobre sus talones y se alejó con paso rápido. Bullock suco un cigarrillo y se lo puso en los labios.

Tardó algunos segundos en encenderlo. ¿Por qué diablos no podía hacer funcionar el surtidor?

Contempló el fondo del estanque, compuesto por grandes losas de cemento, entre las que se adivinaban largas prietas. ¿Tal vez perdía agua?, se preguntó. Un poco de cemento, evitaría las fugas de líquido y...

Lentamente, regresó a la casa. Cuando abrió la puerta, oyó un chillido casi histérico en el primer piso.

Su primer impulso fue echar a correr hacia arriba, pero, inesperadamente, Hu le cerró el paso.

—No sucede nada, señor —dijo, con amable sonrisa—. Debe de ser la señora. Desgraciadamente, en esta casa abundan los roedores y, a pesar de nuestros esfuerzos, siempre sale algún ratoncito. Aparecen cuando menos se les espera, ¿sabe?

—Muy lógico —sonrió Bullock—. Pero, me parece, que debieran tener un par de gatos y acabarían con el problema.

—A la señora no le gustan los animales domésticos. Con permiso, señor Bullock. —Hu tendió una mano—. Si quiere distraerse, hay buenos libros en la biblioteca.

—Mil gracias.

Otro misterio más que añadir a los muchos que había en aquella casa, pensó el joven, mientras se acomodaba en su butacón, con un libro en las manos.

El resto del día transcurrió sin incidentes. Por la noche, cenó en el cocedor, Junto con la dueña de la casa y el doctor Peters.

El galeno se portó con su adustez habitual y abandonó la mesa, apenas hubo terminado de cenar. Bullock y la anciana quedaron a solas.

—Lane, amigo mío —dijo ella, sonriendo afablemente—, si no recuerdo mal, ayer comentamos su estado de salud.

—Si, milady. Mi salud, gracias a Dios, es excelente.

—No sabe cuánto lo celebro. Dígame, y perdone la indiscreción, porque voy a hacerle una pregunta muy íntima...: ¿Cómo reacciona usted ante las mujeres? Oh, ya sé que ha tenido más de una aventurilla, pero me gustaría conocer más detalles...

«Baxter, el garañón bípedo, quizá pudiera contarte muchas más cosas que yo», pensó el joven.

—Señora, mi reacción cuando me encuentro ante una mujer joven, a menos que tenga graves preocupaciones, es de absoluta normalidad en un hombre de mi edad y sin complejos de ninguna clase.

—¡Eso es magnífico! —Palmoteó la anciana—. Lane, muchacho, no sabe cuánto le agradezco la respuesta.

—He procurado serle sincero, señora. Pero ahora, si no le importa, me gustaría hacerle una observación

—Hable, hable sin temor, amigo mío

—Se trata del surtidor de la glorieta... Intenté ponerlo en funcionamiento, pero el mayordomo me dijo que no hiciera nada sin su consentimiento...

Hablare con Wingate sobre el particular. El no tiene mano para las reparaciones caseras. Pero si usted cree que puede hacerlo funcionar, adelante, inténtelo.

—Gracias, señora. Y, otra cosa: los ratones que abundan en la casa, según me ha dicho Hu...

—Oh, no se preocupe, no son tantos como cree. Déjelos, pobrecillos, también tienen derecho a la vida.

—Como quiera, milady. ¿Puedo empezar mañana u trabajar en el Jardín?

—Por supuesto. Actúe como guste. —Myrtle se puso en pie—. ¿Me ofrece su brazo, hijo?

—Claro, no faltaría más.

Subieron muy lentamente al primer piso. Después de despedirse. Bullock fue a su habitación. Se quitó la cazadora y, al dejarla sobre una silla, apreció algo que no estaba allí por la tarde.

Era una botella de excelente jerez dulce, con dos copas de fino cristal tallado. Bullock hizo un gesto apreciativo.

—Un buen vine —murmuró—. Sólo le falta la compañía de una mujer bonita y afectuosa.

Inevitablemente, pensó en Dolly. Ardía en deseos de volver a verla nuevamente, estrecharla en sus brazos, sentir el calor de sus besos, el fuego de su cuerpo... Tenía la seguridad de que había encontrado en Dolly la mujer de su vida.

Tomó un sorbo de jerez y encendió un cigarrillo. Se notó insomne y pensó que tener preparada una tableta de sedante no le causaría ningún mal. Llevaba unas cuantas en el equipaje y buscó la caja. Al abrirla, una de las píldoras se le cayó al suelo, junto a la cabecera de la cama.

El instinto le hizo agacharse. Había allí poca luz y, aunque con dificultades, pudo encender el mechero. Metió la cabeza bajo la cama y entonces vio el pico del papel que asomaba por el extremo del larguero junto a la gruesa pata de la cabecera.

Un tanto intrigado, se dispuso a sacar el papel de su sitio, pero, en aquel instante, oyó el ruido de una puerta y se incorporó rápidamente. Entonces fue cuando, atónito, vio a la mujer.

CAPITULO IX

Era monstruosamente gorda, con unos brazos enormes, que habrían parecido muslos gruesos en una mujer corriente. Las piernas tenían un diámetro descomunal, y Bullock se preguntó cómo era posible que pudieran sostener el peso de un cuerpo semejante. ¿Ciento ochenta, doscientos kilos?

Extrañamente, la cara, aunque redonda y, naturalmente, abundante en grasa, tenía una singular expresión infantil. El pelo era negro, rizado, y los ojos del mismo color, aunque casi desaparecían en los párpados, rebosantes de adiposidades. Llevaba puesta una bata, entreabierta, que era toda su indumentaria.

—Hola... dijo una vocecilla un tanto chillona—. Soy Roxana.

—Encantado, Roxana. Yo me llamo Lane.

—Eres muy guapo. ¿Te lo dicen a menudo?

—Pues en ocasiones, pero creo que exageras. Soy un hombre más bien corriente. Oye, ¿sabes que estás un poco... gordita?

Roxana suspiró.

—Yo quisiera adelgazar, pero mi maldito apetito me lo impide... No puedo remediarlo; como muchísimo...

—Hay un médico en la casa —recordó él.

Roxana soltó una risita.

—También hay armaduras, y cuadros y jarrones... Son objetos de adorno, como el doctor Peters No me hace nada... —dijo con sarcástico acento.

—Tu madre lo aprecia muchísimo.

—Está engañada. Si de mí dependiera, lo despediría inmediatamente.

—En tal caso, ¿por qué no hablas con tu madre con toda sinceridad? Tal vez llegaríais a un acuerdo.

—Ya lo he intentado, pero ella no quiere. ¿Qué haces en la casa, Lane?

—Estaba sin trabajo y tu madre me lo proporcionó. ¿Necesitas alguna cosa?

Roxana se puso un dedo entre los dientes.

—No.

Sonreía. Bullock tuvo que tragar saliva nuevamente.

Empezaba a comprender los motivos de la visita de Roxana. ¿Acaso la madre pretendía la curación de su trauma de un modo muy... especial?

Bueno, se dijo, a fin de cuentas, Dolly lo había superado de la misma manera. Pero había una enorme diferencia entre las dos mujeres y no precisamente por la edad

«Ciento treinta o ciento cuarenta kilos», calculó

De pronto, recordó algo. Agitó una mano.

—Roxana, antes de nada, ¿por qué no nos tomamos una copita? ¿Eh?

—Bueno, si tú lo dices...

Aquella pobre mujer no era una demente en la acepción normal de la

palabra. Tal vez había nacido con cierta debilidad mental, que no hubiera tenido mayores consecuencias, de no haber sido por el horrible suceso de que había sido víctima. En circunstancias ordinarias, incluso podía haber llegado a ser una esposa feliz y madre amante de sus hijos.

—Bueno, entonces, vamos a tomarnos esa copa —dijo alegremente.

Volvió la espalda a la joven. Sin que ella lo viese, puso tres tabletas de sedante en una de las copas. Luego la llenó y se volvió hacia ella

—Tú no sales mucho de casa. —Había que entretenerla, a fin de conseguir la disolución de la droga, o. al menos, de la mayor parte; por dicha razón, había puesto tres unidades—, ¿No te gusta pasear?

Roxana soltó una risita. Sentóse en la cama y la hizo crujir.

—Me fatigo mucho —contestó.

—Oh, Claro... Pero debieras hacer un poco de régimen...

—Siempre tengo hambre. No puedo evitarlo —se quejó ella.

—Está bien. —Bullock tomó la copa y, disimuladamente, la agitó un poco. Luego se la entregó a la joven y levantó la suya—. Por los dos —brindó.

—Por nosotros dos —exclamó ella, entusiasmada.

Y vació su copa de un solo trago.

Bullock dejó escapar lentamente el aire contenido en sus pulmones. Ahora sólo hacía falta esperar unos minutos Roxana dormiría como un tronco y...

De pronto, concibió una sospecha. Giró en redondo, simuló acercarse de nuevo a la consola y, con gesto repentino, abrió la puerca.

Peters se enderezó, con el rostro congestionado.

—¡Doctor! —chilló Roxana.

—¿Es aficionado a escuchar detrás de las puertas? —preguntó el joven burlonamente.

—Dispensen. Pasaba por aquí y…

—La señorita y yo estamos conversando amigablemente, doctor. El autobús para en la próxima esquina —dijo Bullock, mordaz.

—Ya me iba —se despidió Peters furiosamente.

Bullock cerró la puerta y la cerró con doble vuelta de llave. Luego colgó su cazadora del pomo.

—No quiero que miren por el ojo de la cerradura —dijo.

—Eres un chico muy decidido... —Roxana bostezó—. No sé qué me pasa... Tengo un sueño terrible...

Bostezó otra vez y, de súbito, cayó de espaldas sobre el lecho.

Bullock lanzó un hondo suspiro. «De buena me he librado», pensó.

Se acercó a la cama y contempló durante unos momentos a aquella infeliz mujer. Ya no le cabía la menor duda; su espantosa obesidad se debía a haber buscado en la comida lo que a ella le parecía podía hacerle olvidar su espantosa tragedia.

Meneó la cabeza. Luego se inclinó y, aunque con gran esfuerzo, consiguió situarla en una postura más cómoda.

A continuación apagó un par de luces. Volvió al otro lado de la cama, se

agachó, sacó el papel y lo desplegó.

Estaba escrito por Telley Soutman y contenía algunas observaciones muy útiles. En aquel momento, Bullock adquirió la convicción de que su amigo había sido asesinado.

¿Y la muchacha tan atractiva que se habla hecho pasar por Roxana? ¿Cuál era el papel que desempeñaba en la casa? ¿Había sido asesinada también?

Bullock recordó el relato de Fanny Dready. La mujer había tenido la impresión de que Hu quería asesinarla. Pero era una joven con experiencia y había preferido cubrir un par de millas a pie. Tal vez la otra Roxana no había tenido tanta suerte, se dijo.

Era curioso. ¿Por qué no había ahora una mujer joven y bonita, como en el caso de Southman?

El papel contenía más datos y decidió comprobarlos personalmente. Un cuarto de hora más tarde, volvió al dormitorio, se arrellenó en un sillón y cerró los ojos.

* * *

Estaba afeitándose por la mañana, cuando oyó la voz de Roxana.

—Voy en seguida.

Abandonó el baño, desnudo de la cintura para arriba. Roxana se incorporó un poco.

—Creo que me dormí anoche...

—Nada de eso, cariño —mintió él—. Te dormiste,, pero mucho más tarde. Hemos pasado una noche muy feliz.

Ella le miró sorprendida.

—¿Ha... hablas en... en serio?

Era duro tener que recurrir al engaño. Tal vez muy pronto podría contarle toda la verdad. Pero habría que actuar con verdadero cuidado, y antes, debía hablar con la madre. A ella, se prometió, le pondría las cartas boca arriba. Si lo hacía por el bien de una hija infeliz, el resultado no podía ser más deprimente, pensó.

—Por supuesto —repuso—. Pero ya es un poco tarde. Creo que deberlas regresar a tu habitación

—Sí, claro..

Bullock la ayudó a ponerse en pie. Roxana caminó con su torpeza habitual, apoyada en el brazo del joven.

—Tú eres un chico maravilloso, tan distinto de los otros...

—¡Ah, ha habido otros.

—Pero me despreciaron... Estoy muy gorda...

—Y. ¿dónde están ahora los otros?

Roxana se pasó una mano por la frente.

—No lo sé... Me enfadé con ellos y les pegué..., pero no me acuerde de más ..

Bullock apretó los labios. ¿Era Roxana una asesina y su mente se negaba a recordar los crímenes cometidos?

Simulando ignorancia, la dejó acercarse al lavabo. Entonces ella apoyó las dos manos en los grifos e hizo presión hacia abajo.

Se oyó un chasquido. El panel entero del lavabo, con el espejo, giró como una puerta. Bullock lo sabía ya, mediante las indicaciones escritas por Southman, pero simuló ignorancia.

—¡Caramba, esto parece de película! —exclamó.

—Lo ideó mamá, para que yo pudiera pasar a los otros dormitorios, sin salir al pasillo— dijo ella.

—Ingenioso, realmente ingenioso —comentó el joven.

Momentos después, volvía al dormitorio. Terminó de vestirse y, silbando alegremente, bajó al vestíbulo.

Hu asomó casi de inmediato por la puerta que daba a la cocina. El chino le miró estupefacto.

—¡Buenos días, Hu! —Saludó con desenvoltura—. Hace un tiempo magnífico, ¿verdad? ¿Qué hay para desayunar? Sería capaz de comerme un mulo, con herraduras, y todo. Ande, tráigame pronto el desayuno o me caeré redondo.

Bullock simuló no fijarse en la cara de asombro que ponía el chino. «¿Acaso esperaba subir por la mañana para recoger mis pedazos con una pala y un cesto?», pensó.

Más tarde, con un cigarrillo en los labios, salió a dar un paseo. Casi sin darse cuenta, caminó hasta la glorieta. Entonces reparó en algo que le dejó petrificado

Las grietas del estanque habían sido cuidadosamente rellenadas con cemento. En el primer momento, pensó que alguien lo había hecho, a fin de evitar filtraciones del agua, si se hacía funcionar el surtidor.

Luego, su vista fue hacia el registro. La tapa metálica ha oía desaparecido. El hueco estaba igualmente relleno con cemento, ya endurecido.

Durante unos segundos contempló el estanque a través de las nubes de humo de su cigarrillo. ¿Qué había bajo las losas, ahora perfectamente soldadas?

¿Cadáveres humanos?

¿Cuántos?

* * *

Casi a la misma hora, en Londres, Dolly, que acababa de levantarse de la cama, oyó que llamaban a la puerta.

—¡Un momento, por favor! —pidió.

Se pasó rápidamente un peine por el pelo, envolvió su bien formado cuerpo en una bata y atravesó la sala. A través de la mirilla vio un rostro conocido.

Abrió

—Hola, señor Martin —saludó—. ¿Qué le trae por mi casa?

Era el conserje del edificio donde vivía Southman y el «mismo que les había facilitado la llave del apartamento del detective.

—Verá, señorita No sé cómo decírselo, pero sé que usted se interesó hace algunos días por el señor Southman... Quizá hubiera debido ir a la policía, aunque me parece una imprudencia. A veces, el señor Southman se ausenta de Londres y está mucho tiempo fuera..

—Siga, siga, señor Martin —dijo la Joven. De pronto, sonrió—. Pero, en la cocina, por favor, así tornaremos una taza de café.

—Gracias, señorita.

Dolly puso la cafetera al fuego y luego se volvió hacia el visitante.

—Dion, ¿cuál es su problema? —sonrió.

—Verá... Mi esposa se ocupa de limpiar algunos de los apartamentos. Ayer subió al del señor Southman y estuvo trabajando un buen rato. Es muy activa, ¿sabe?, y le gusta dejar las cosas bien hechas, aunque, a veces, se atropella un poco... El caso es que golpeó con el aspirador un sector del zócalo en el despacho y lo despegó un poco. Me dijo a mí que subiera para reparar el desperfecto, pero no pude hacerlo hasta la noche. Entonces subí y... Bien, encontré estos papeles... Como mencionan su nombre, es decir, indica que deben serle entregados, me he permitido traérselos... No sé por qué, pero el señor Southman los escondió en el zócalo.. Sus motivos tendría, me imagino, señorita.

—Por supuesto — convino Dolly, a la vez que tomaba los papeles que le ofrecía el conserje—. Muchísimas gracias señor Martin. Ah, el café ya está a punto...

Martin se tomó una taza y luego mostró un vivo agradecimiento al embolsarse el par de libras que le entregaba la joven como recompensa por la molestia. Dolly sonrió para sí; las protestas de Martin eran pura fórmula.

Al fin se quedó sola. Entonces, se sentó a la mesa y empezó a leer el contenido de las dos hojas de papel que Southman había escondido antes de su viaje a Sysling Hill.

Repitió la lectura por segunda vez, para conocer a fondo las notas de su amigo. Entonces fue cuando supo que Southman llevaba ya tiempo investigando el asunto Farlane.

Había averiguado cosas muy interesantes, se dijo. Y, de la lectura de aquellas anotaciones, se deducía la más que probable desaparición de Southman.

Profundamente concentrada en sí misma, reflexionó durante largos minutos. Bullock, se dijo, desconocía el último mensaje de Southman. Hablar por teléfono con él sería una imprudencia, aparte de que ignoraba si podía hacerlo. Quizá en Sysling Hill no había teléfono siquiera.

Sólo había una solución. Dobló los papeles nuevamente y los llevó a su dormitorio. Después de guardarlos en el bolso, empezó a vestirse.

CAPITULO X

Myrtle Dalymond estaba en su saloncito particular, leyendo apaciblemente un libro, cuando oyó unos golpecitos en la puerta.

—Adelante, Wingate —dijo, sin separar la vista de las páginas impresas.

—No soy el mayordomo, señora.

La puerta se cerró con suavidad. Myrtle fijó los ojos en el Joven.

—Ah, es usted, Lane —sonrió—. ¿Sucede algo?

—¿Puedo sentarme, señora?

—Claro, muchacho. Presiento que tiene que decirme algo importante. ¿Me equivoco?

—Acierta usted —sonrió el joven—. Se trata de su hija.

—Ah, la pobrecita Roxana... Digna de compasión, ¿verdad? Pero padece una enfermedad incurable...

—¿Ha intentado un tratamiento eficaz, señora?

—Tengo aquí al doctor Peters, que la atiende en todo momento —respondió la anciana.

—Si estuviera en mis manos, yo consultaría a otro médico.

—¿Por qué? Peters es sobradamente competente...

—Lo dudo mucho, señora. Con el tiempo que lleva en esta casa, podría haber curado a Roxana de un modo radical, en vez de permitir que llegase a adquirir el monstruoso aspecto que ahora tiene.

La anciana se encrespó.

—Señor Bullock, tiene que permitirme...

—Usted es la que ha de permitirme que hable sin rodeos. ¿Sabe que su hija pasó la noche en mi dormitorio?

—Sí.

—Y no le molesta.

—¿Por qué? Lo estaba deseando. Quiero que ella se cure y ésa es la mejor forma de conseguirlo.

—Usted piensa en el refrán... «Un clavo saca otro clavo», ¿no?

Myrtle entornó los ojos.

—Lane, ¿adónde quiere ir a parar usted?

—Señora, anoche no sucedió nada entre Roxana y yo.

Hubo un instante de silencio. La anciana tenía la boca abierta.

—¿Cómo se atrevió...?

—Todo lo contrario. No me atreví. Es algo imposible. Aunque Roxana sea una mujer agradable en ciertos aspectos, físicamente es repulsiva. No hay hombre que sea capaz de comportarse como tal con una mujer como su hija. Tuve que engañarla... y, en el fondo, lo hice por su propio bien.

—Lane, mucho me temo que se ha tomado ciertas atribuciones que no son de su incumbencia —dijo Myrtle heladamente.

—Hace unos cinco o seis años, Roxana pesaba cien kilos, quizá menos.

¿Por qué no pusieron coto entonces a su desenfrenado apetito?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Sé también que Roxana es el fruto accidental de la violación que sufrió usted hace poco más de treinta años. Ella, a su vez, fue violada cuando aún no había cumplido los veinte. ¿Era una chica normal entonces? Físicamente, quiero decir, porque tengo la impresión de que su monte siempre acusó cierta debilidad.

La anciana bajó la cabeza.

—Ella querría ser una mujer normal, incluso... sin complejos en el aspecto sexual... y se ha de curar a ese precio, no me Importa en absoluto. Pero ¿quién puede encontrar atractiva a Roxana?

—Nadie, en efecto —convino Bullock—. Pero esto es algo que ya viene de muchos años. ¿Por qué no inició el tratamiento a tiempo?

—Lo intenté todo. Después del suceso, Roxana pasó unos años terribles. Veía constantemente al sujeto que la forzó, se pasaba las noches enteras gritando enloquecidamente... Tratamos de curarla por todos los medios, con los mejores médicos, pero conseguimos muy poco. El tiempo, sin embargo, fue el mejor remedio..., pero entonces fue cuando empezó a comer. —Lady Myrtle se retorció las manos—. Yo también había sufrido el mismo ultraje cuando tenía treinta y cuatro años y comprendía cómo podía sentirse mi hija. Si usted pudiese también entendernos...

—Las entiendo perfectamente, señora —dijo el joven—. Pero ¿no está ocultándome también otras cosas?

—¿Qué puedo ocultarle, Lane?

Bullock miró penetrantemente a la anciana. Aquella mujer, traspasada de dolor por la dolencia de su hija, ¿era capaz de negar lo que casi se podía considerar como evidente?

De pronto, el instinto le hizo sentirse precavido. «Todavía tengo la cabeza dentro de las fauces del dragón», se dijo.

—No, nada, nada —sonrió—. Sólo que si estuviera en mis manos, insisto, despediría inmediatamente al doctor Peters.

—No puedo hacerlo, es un buen médico.

Bullock suspiró y se puso en pie.

—Gracias por todo, lady Myrtle.

Hizo una inclinación de cabeza y se retiró hacia la puerta, que abrió de golpe. No, no había nadie escuchando al otro lado.

Se preguntó cómo podría enterarse de la suerte corrida por su amigo Southman y los que le precedieron. Roxana había dicho que les pegó, pero que no recordaba más. Pegar, matar. ¿Había cometido los asesinatos y no era capaz de recordarlo? «Me enfadé con ellos y les pegué», había dicho.

¿Era el surtidor el cementerio particular de Sysling Hill

Debería hablar con el doctor Peters y ponerle las cartas sobre la mesa. Quizá Roxana no era sino el instrumento de unos sujetos desaprensivos que buscaban... ¿qué?

De pronto, al pasar por delante de una puerta, oyó voces. La curiosidad le hizo detenerse y arrimar el oído a la madera.

—Esto empieza a ponerse feo —decía Hu en aquellos momentos.

* * *

Conteniendo el aliento, Bullock escuchó el diálogo entre Hu y el mayordomo.

—Si —convino Wingate—, parece que toca a su fin. Y creo que deberíamos ponernos a salvo antes de que sea demasiado tarde.

—El nuevo parece que ha «camelado» a la gorda. Si es así, nos vamos a ver en dificultades —dijo Hu.

Bullock oyó el ruido de un líquido al caer sobre un recipiente. Wingate estaba llenando dos copas

—¿Qué hacemos con Peters, Hu? —consultó.

El chino torció el gesto.

—Bien mirado, es nuestro asalariado. Tú y yo podríamos largarnos sin que nadie se enterase hasta que fuese demasiado tarde. Ya hemos tenido bastante, ¿no te parece?

—Creo que hablas con mucha sensatez, Hu. Hemos estado aquí muchos años y no podemos seguir exprimiendo ya demasiado la ubre de la vaca. Tenemos suficiente para vivir tranquilos y en otro país. ¿Qué te parecería si nos largásemos esta misma noche?

Li-Chang alzó una mano.

Esperemos veinticuatro horas más —propuso— Por un día más o menos, no va a pasar nada... y creo que nos conviene enterarnos de los verdaderos propósitos de Bullock.

—Sí, es una buena idea. Ese tipo no me gusta nada

Bullock no quiso seguir escuchando y se alejó a la carrera, aunque pisando de puntillas. Ahora entendía mejor las cosas.

Probablemente, pensó, lady Myrtle era tan culpable como los otros, pero Wingate y Hu se hablan aprovechado de la ocasión para saquear las cuentas bancarias de la anciana. El doctor Peters les había servido a maravilla para el engaño, pero, a su vez, también iba a ser engañado.

* * *

El médico no estaba en su habitación.

Bullock la registró rápidamente. Encontró algunos medicamentos, pero le parecieron inocuos. Probablemente, el tratamiento era más psíquico que medicinal. Pero ¿qué tratamiento?

En una consola encontró un talonario de cheques, apenas utilizado, con un saldo no demasiado elevado, unas seis mil libras. Con el tiempo que Peters llevaba en Sysling Hill, debía de tener mucho más dinero, calculó, y naturalmente, extraído de las cuentas de lady Dalymond.

Los otros, pensó, se habrían llevado la mejor tajada. Y. seguramente, tendrían el dinero en efectivo. Guardarlo en un Banco podía crearles complicaciones.

A mediodía, vio a Hu portando una enorme bandeja, repleta de comida. Dejó pasar unos minutos y cuando vio que Hu y el mayordomo se reunían en la cocina para el almuerzo, corrió al piso superior.

Había todavía un ático, en donde Wingate y el oriental tenían su» habitaciones. Bullock aprovechó la ocasión y comenzó un registro minucioso de las mismas. Media hora más tarde sonreía satisfecho al abandonar el ático, con dos saquetes en las manos.

Cada uno de los saquetes, calculó, contenía bastante más de dos mil billetes de cien libras. Aquellos tipos, se dijo, habían devastado la fortuna de lady Myrtle. Allí había lo menos medio millón.

Momentos después, entraba en la habitación de Roxana. La Joven le miró intrigada. Estaba sentada en su lecho y aún no habla vaciado la bandeja.

—¿Qué sucede, Lane? —exclamó.

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Conoce alguien este medio de comunicación entre las dos habitaciones?

—No. Sólo mi madre y yo…

—Gracias.

Bullock abandonó el dormitorio para volver a los pocos momentos con los saquetes en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó Roxana.

—No te preocupes. —Bullock buscó con la mirada un escondite y lo encontró al fin en uno de los armarlos—. No dirás a nadie que he guardado esto aquí, ¿verdad?

—Descuida, pero, ¿qué te propones...?

Bullock se acercó a la cama y contempló la bandeja. Allí, pensó, había habido comida suficiente para seis personas.

—Vas a tener que hacer régimen —dijo severamente.

—Aún tengo apetito —se quejó ella.

—Quizá hablemos de esto mañana. Me guardarás el secreto, ¿verdad?

—Te lo prometo, Lane.

—Gracias.

Bullock regresó a su dormitorio y se apostó en la puerta. A los pocos momentos vio subir al chino, que reapareció después, con la bandeja vacía.

Cuando iba a descender a la planta baja, Peters salió de su habitación.

—¿Se lo ha comido todo? —preguntó.

Hu soltó una risita.

—Esa chica tiene un estómago sin fondo —contestó

—Está bien.

Hu siguió su camino. Bullock dejó pasar unos minutos. Luego se dirigió a la habitación del médico.

Peters parecía ocupado en preparar una medicina. Oyó el ruido de la puerta

y volvió un poco la cabeza.

—Ah, es usted, Bullock. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí, doctor. ¿Por qué no me describe el tratamiento que hace seguir a su paciente?

Peters guardó silencio un instante. Luego, lentamente, dijo:

—Salga de esta habitación.

—Muy bien, doctor —contestó el joven—. Saldré... y hablaré con lady Myrtle. A la madre de Roxana le interesará saber la clase de tratamiento que aplica usted a su hija y que le abre el apetito en lugar de quitárselo; un tratamiento que favorece la obesidad en lugar de disminuirla.

Peters dejó el frasco que tenía en las manos y se volvió hacia Bullock.

—Usted es lego en medicina...

—Hace cinco años, esa muchacha pesaba cíen kilos, quizá menos. Entonces, habría podido curarse sin demasiado esfuerzo. Ahora pesa casi el doble.

—¿Cómo sabe usted...? —rugió Peters.

Eso no importa ahora. Pero le he dicho la verdad y usted sabe que no miento.

De pronto, Bullock inclinó el torso hacia adelante.

—Doctor, ¿qué ha sido de un hombre llamado Telley Southman?

Peters se puso lívido en el acto. Bullock sonrió.

—¿Está debajo del estanque del surtidor?

Peters temblaba convulsivamente, como un azogado. Implacable, el joven continuó:

—¿Qué beneficios le han reportado sus engaños . ? ¿Seis mil libras esterlinas en cinco años? Magro botín, me parece. Otros, seguramente, han conseguido más, muchísimo más dinero. ¿Por qué no habla con Wingate y Hu sobre este tema?

Bullock dio media vuelta y se acercó a la puerta. Desde allí, miró nuevamente al médico.

—Antes que Southman hubo otros dos hombres por lo menos, Baxter y Farlane. Y. ¿qué fue de Roxana McDowell?

Peters temblaba convulsivamente, de la cabeza a los pies En aquel instante, Bullock adquirió la convicción de que estaba ante el eslabón más débil de la cadena.

Salió en silencio. En la planta baja se encontró con el mayordomo.

—¿Es cierto que el doctor Peters se marcha de Sysling Hill? —preguntó inocentemente.

Wingate respingó.

—No he oído nada, señor —contestó.

—Pasé por delante de su habitación y me pareció verle hacer las maletas Pero quizá esté equivocado, claro. —Bullock sonrió—. Gracias, Wingate.

Se alejó silbando. ¿Qué iba a suceder ahora?

CAPITULO XI

Lo tensión era perceptible. Cada vez que vela a Wingate y al chino, advenía que estaban serios, profundamente preocupados. Una vez los vio conferenciando en la puerta que daba a cocina, con aire de conspiradores, pero los dos hombres, al darse cuenta de que eran observados, cambiaron de actitud inmediatamente.

Hu se separó de Wingate y fue al piso superior. Bullock se encaminó hacia la biblioteca, pero, en lugar de tomar un libro, se apostó Junto a la puerta, que había dejado entreabierta. Desde allí dominaba un amplio panorama del vestíbulo.

El crepúsculo se acercaba. Pronto se encenderían las luces.

De repente, Hu bajó a todo correr. Saltaba los peldaños de cuatro en cuatro. Bullock sonrió; el chino habla advertido ya la falta del dinero.

Hu se metió en la cocina. Hasta la biblioteca llegaron voces descompuestas. Momentos después Wingate y el chino volvían a salir y se encaminaban al piso superior.

En aquel momento se oyó el ruido de un automóvil. Atraído por la curiosidad, Bullock corrió hacia la ventana más próxima. Enormemente asombrado, reconoció u la ocupante del vehículo.

—¡Dolly!

La joven se apeó. Sacó su bolso, se lo colgó del hombro y caminó resueltamente hacia la casa. Bullock se dijo que debía salir a su encuentro.

Dolly llegó junto a la entrada y alargó la mano hacia el timbre. La puerta se abrió antes de que hiciera la llamada.

—¡Lane! —exclamó.

Bullock agarró a la joven por un brazo y la hizo entrar a toda prisa.

—Tengo noticias... —dijo ella.

—Espera, ya hablarás después.

En aquel Instante, se oyó la voz de 1a dueña de la cusa:

—Lane, ¿quién es esta Joven?

Bullock se volvió.

—Ah, lady Myrtle... Permítame que le presente a Dolly Painter. Dolly, lady Myrtle Dalymond.

Las dos mujeres se saludaron cortésmente. Myrtle fijó los ojos en el joven.

—Todavía no me ha dicho a qué se debe la presencia de esta señorita en mi cusa. Si es amiga suya, ¿no cree que debiera haberme Informado previamente?

—Discúlpeme, lady Myrtle, pero yo no he invitado a la señorita Painter. Sólo la conozco superficialmente. Ella es la secretaria de Telley Southman y ha venido en busca de noticias de su jefe.

Dolly adivinó inmediatamente las intenciones del joven y movió la cabeza, para corroborar sus afirmaciones.

—En efecto, señora —dijo—. Mi jefe declaró sus propósitos de venir a esta casa y, en vista de que hace tiempo que no sé de él, decidí personarme para ver si encuentro a alguien que me dé noticias suyas.

Los delgados labios de la anciana temblaron perceptiblemente.

—Tal vez el señor Bullock pueda informarle sobre el particular —dijo—. Yo... Les ruego me disculpen; me siento muy cansada...

En aquel momento se oyó un agudo grito en el piso superior, seguido de un seco estallido.

Un segundo después, Wingate apareció en lo alto de la escalera, gritando:

—¡El doctor Peters ha disparado contra Hu y lo ha matado!

* * *

Bullock se quedó parado un instante. Luego, reaccionando, empujó a Dolly a un lado.

Wingate gritó de nuevo:

—Está como loco... Tiene una pistola en la mano..

—No se muevan de aquí —dijo el joven. Extendió el brazo—. Lady Myrtle, présteme su bastón, por favor.

La anciana accedió a la petición del joven. Un bastón, pensó Bullock, podía resultar un arma muy útil. Sobre todo, sí conseguía distraer la atención de Peters durante unos instantes.

Cuando rompía la marcha hacia la escalera. Dolly se emparejó a su lado.

—Atrás —dijo él.

—Recuerda, soy experta en defensa personal.

Subieron lentamente. Wingate se retorcía las manos..

—Pareció volverse loco... De pronto, sacó una pistola y disparó contra el pobre Hu...

—Creí oír palabras fuertes entre ustedes— dijo el joven.

—No... no era de importancia... Hu se quejaba de que cierta medicina que le proporcionaba el doctor Peters no mejoraba su dolencia...

«Eres un condenado embustero», pensó Bullock, ya en el piso superior.

Lentamente, se acercó a la puerta de la habitación de Peters y asomó la cabeza. El médico estaba sentado en una silla, con la pistola en la mano y los ojos hipnóticamente fijos en el cuerpo que yacía a dos pasos de distancia, inmóvil y con una mancha roja en el pecho.

—Doctor —llamó Bullock.

Peters no contestó. Parecía anonadado por lo ocurrido. Seguramente, pensó Bullock, había disparado contra Hu en un incontenible acceso de ira y Juego se había producido el shock que le había sumido en aquel estado de estupor.

Con grandes precauciones, el bastón a punto, por si se producía una reacción inesperada, Bullock se acercó al galeno y le quitó el arma suavemente. Peters no opuso la menor resistencia.

—¡Doctor!

Peters continuaba en la misma actitud. Bullock examinó la pistola un instante. Era una «Beretta» calibre 22 (5,58 mm), ligera, segura y de gran precisión, pese a la pequeñez de sus proyectiles. Pero aún una bala de calibre tan bajo, podía matar con la misma eficacia que otra de calibre superior.

Dolly se acercó al médico y le tocó una mejilla con la mano. Luego se arrodilló y contempló sus ojos.

Aspiró el aire con fuerza. Bullock se sintió muy intrigado por aquellas operaciones que hacía la muchacha.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Trae un vaso de agua, Lane.

Bullock dejó la pistola y el bastón sobre una mesa y fue al baño. Al regresar, entregó el vaso a la muchacha. Dolly, sin más, arrojó su contenido a la cara de Peters.

El médico sufrió una fuerte sacudida.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó ella.

Peters miró torpemente a su alrededor.

—¿Qué ha sucedido? —dijo, con voz insegura.

—Hu está muerto, doctor —respondió Bullock.

—Muerto... ¿Cómo ha sido posible...?

En aquel instante, Bullock se fijó en las tres copas que había sobre la mesa. Dos de ellas aparecían prácticamente intactas. La tercera estaba vacía. Al lado de ésta había un frasquito abierto, pero volcado, de modo que su contenido se había vaciado en su mayor parte.

—¿Qué es esto, doctor? —preguntó.

—Una medicina... La toma Roxana...

—¿Cuáles son sus efectos?

Peters guardó silencio. Era evidente que se recobraba ya de su atontamiento. Dirigió una mirada al cadáver de Hu y movió la cabeza.

—Yo no lo he matado —dijo.

* * *

Bullock empezaba a darse una idea de lo que habla ocurrido en la estancia.

—Cuente lo que ha pasado, doctor —pidió.

—¡Miente! —chilló Wingate descompuestamente—. Yo le vi sacar la pistola y disparar contra el pobre Hu. ¡Él es el asesino, lo juro!

—Deje que sea el propio doctor Peters quien hable —exclamó el joven enérgicamente—. Vamos, doctor, cuéntelo todo de una vez.

—Repito que yo no he sido. No sé qué me sucedió...

Bullock se fijó una vez más en la copa vacía. Luego se volvió hacia el mayordomo.

—Bebieron Juntos —acusó.

Wingate se puso rígido.

—El doctor nos invitó a un trago. Pero ni Hu ni yo tuvimos tiempo de

beber — manifestó.

—Me gustaría creerle, Wingate —dijo Bullock—, Y todavía me gustaría más saber qué efectos causa esa medicina. Puede que provoque un estado momentáneo de estupor o aturdimiento. ¿No es así, doctor?

Peters titubeó.

—¡Vamos, conteste, doctor!

—No le apliques ese título —intervino Dolly—, Nayland Peters no es médico. Lo fue hace muchos años, pero le quitaron el titulo y la licencia para ejercer. Cualquier acto médico que haya realizado a partir de entonces es ilegal.

Bullock se quedó atónito al oír aquellas palabras.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Southman llevaba investigando ya hacía tiempo el caso Farlane. Había adquirido bastante información sobre los habitantes de esta casa.

Dolly se volvió hacia el mayordomo.

—Usted es Bright Wingate, estafador reclamado por la ley, lo mismo que ese pobre hombre que yace muerto en el suelo —continuó—. Hace seis o siete años, usted y Hu cometieron una estafa de doce mil y pico de libras. Después de esto desaparecieron y no se volvió a tener noticias de ustedes. Parece que encontraron un excelente refugio en Sysling Hill, ¿no es así?

Wingate estaba lívido.

—No sé de qué me habla...

—Quizá yo debiera añadir algo también sobre el casi medio millón de libras que han estado reuniendo todos estos años, saqueando la cuenta corriente de lady Myrtle, seguramente, por mediación del doctor Peters. ¿No era por eso por lo que discutían antes? —terció el joven.

—¡Medio millón de libras! —se espantó Dolly.

—Como lo oyes —confirmó Bullock.

—De modo que ha sido usted —dijo Wingate.

Bullock se volvió hacía el mayordomo.

—Esas palabras tienen todo el aspecto de una confesión —dijo sonriendo.

Los puños de Wingate se crisparon.

—Empiezo a dudar incluso de que haya sido Peters el que mató a Hu —continuó el joven—. Tal vez pensó achacarle el crimen, para quedarse como único propietario del botín.

—Pero si usted se lo llevó y lo ha escondido no sé dónde demonios...

—Está bien escondido, en efecto, porque es un dinero que no les pertenece; pero, de todas formas, hay algo que aún está mejor escondido.

—¿Por ejemplo —preguntó Wingate retadoramente.

—Ciertos cadáveres de personas que estuvieron aquí y que desaparecieron sin dejar rastro. Les convenía que el surtidor siguiera sin agua, ¿no es cierto?

Wingate dio un paso hacia adelante.

—Voy a tener que matarle...

—¡Cuidado! —gritó Dolly.

El mayordomo la miró con desprecio.

—No se meta en lo que no le importa —dijo.

—Usted no me conoce bien todavía —sonrió Dolly.

—¿De veras?

Súbitamente, Wingate alzó la mano para golpear a la muchacha, pero antes de que se diese cuenta, se encontró volando por los aires. El mayordomo cayó al suelo y quedó aturdido, sin comprender muy bien lo que había sucedido.

De pronto, Peters saltó hacia la mesa, se apoderó de la pistola y apretó el gatillo un par de veces. Wingate chilló, se estremeció un poco y luego se quedó inmóvil. Dolly, sorprendida en un principio, reaccionó velozmente y desarmó al sujeto con una hábil llave, que lo lanzó al otro extremo de la habitación, junto a la entrada.

Peters quedó apoyado en la pared, jadeante, congestionado. Un hilillo de baba corría por el lado izquierdo de su mentón.

—Maldito, maldito, maldito... Ellos me empujaron...

—No culpe a nadie de sus propias desventuras, Peters —dijo el joven severamente—. Usted es tan criminal como ellos, aunque bastante más estúpido. Colaboró en la comedia y hasta la dirigió, pero ellos eran los que obtenían el verdadero provecho. Mientras usted, a duras penas, conseguía seis mil libras, en todos estos años, Wingate y Hu habían reunido medio millón.

Peters dirigió al joven una mirada extraviada.

—¿Cómo... lo sabe? —balbució.

—Encontré el dinero y lo he escondido. No, ciertamente, usted no mató a Hu. Lo hizo Wingate, después de que le propinase esa droga que le causó un momentáneo aturdimiento. ¿Cuántas dosis de esa droga ha tomado Roxana durante todos estos años?

Peters se quedó helado. En aquellos instantes, Bullock adquirió la convicción de que el médico expulsado de su asociación profesional no había deseado nunca curar u una pobre enferma.

—Ella... Roxana... los mataba... —tartamudeó Peters.

CAPITULO XII

Dolly se tapó la boca con la mano para no lanzar un grito de horror.

—Es la hija de lady Myrtle —dijo Bullock, sin quitar la vista del criminal.

—Ella los mataba —insistió Peters—. Yo... pretendía curarla... Debía saber lo que era un hombre nuevamente... Quería curarla del trauma sufrido al ser violada...

—Y por eso atraían aquí hombres jóvenes y apuestos, y les hacían todos los análisis pertinentes, incluso los que podían demostrar que, efectivamente, estaban en condiciones de satisfacer a una mujer. Tal vez empleaban a chicas atractivas como colaboradoras, por ejemplo, Roxana McDowell, la ele nombre casualmente igual a la de su paciente..., y a una tal May Bowers, que escapó antes de acabar de mala manera... Pero no había interés médico en sus acciones, sino solamente ansias de vaciar la cuenta corriente de lady Myrtle, quien, por curar a su hija, era capaz de hacer los mayores disparates.

—¡Ella también es cómplice! —Aulló Peters—. Lo sabe todo, empujaba a los hombres al lecho de su monstruosa hija...

—Ni lady Myrtle ni Roxana están en su sano Juicio —dijo Bullock calmosamente—. Una y otra, con años de intervalo, sufrieron el mismo ultraje físico y ello alteró sus mentes, más todavía en el caso de la hija, de menor fortaleza psíquica. Si Roxana mató a alguien, el culpable, en realidad, es usted, por su incompetencia o quizá, paradójicamente, por demasiado competente, haciendo engordar monstruosamente a quien debía adelgazar. Dolly, si vieses a Roxana, te horrorizarías —añadió el joven, dirigiéndose a su acompañante.

—Estoy horrorizada ya, solamente de oír todas estas cosas —manifestó ella—. Pero hay algo que no acabo de entender... y me parece que lo que hizo Peters no se debe tan sólo al interés monetario. ¿Me equivoco, doctor?

La lengua de Peters se asomó un instante, para humedecer los labios resecos.

Inesperadamente, sonrió con aire despectivo.

—Si conocieran toda la verdad se quedarían pasmados —dijo.

Bullock frunció el ceño. ¿Cuál era el significado de aquellas palabras?

Durante unos segundos, contempló a Peters, cuarentón, rollizo, con clara tendencia a la obesidad. Trató de imaginárselo diez u once años antes, mucho más esbelto, atractivo incluso. Ahora llevaba un frondoso mostacho y tenía muy poco pelo. Diez años atrás, sin bigote y con abundante cabello en la cabeza, debía de parecer radicalmente distinto.

—Creo entender —murmuró.

—¡Sí! —Contestó Peters con salvaje acento de odio—. Yo la violé. Ella no me quería y yo la amaba sinceramente. Cuando me comunicó su negativa definitiva, me dije que antes de marcharme, Roxana debía conocer lo que era un hombre de veras. Si, la violé y no me arrepiento de ello, chiquilla

antipática y mal educada, pagada de su fortuna…

Bullock movió la cabeza lentamente.

—Después de su trauma, no supo reconocerle., y la madre nunca llegó tampoco a saber quién era el autor de la violación. Incluso diría que entonces utilizaba otro nombre, ¿no es cierto, doctor?

Peters, más recuperado, sonreía malignamente.

—Me marché y, si, usaba otro nombre Luego regresé. Lady Myrtle no me habla conocido personalmente. Con un aspecto distinto y otro nombre, Roxana no supo reconocerme, tenía que vengarme de ella, ¿comprenden? No podía perdonarle su desdén...

Aquel hombre estaba enfermo de celos, pensó Bullock.

—Y colaboró para que ella se convirtiese en el monstruo que es actualmente... y para que matase a otros. Usted debía disfrutar enormemente cada vez que alguien vela a Roxana y escuchaba sus pretensiones de ser amada y, cuando la desdeñaban, ella se enfadaba y golpeaba al hombre que no quería aceptarla...

Repentinamente, se abrió la puerta con gran estruendo. Una figura humana apareció en el umbral.

Dolly lanzó un chillido. Espantada, retrocedió.

Con paso dificultoso, Roxana entró en la habitación.

—Lane... lo he oído todo... —dijo torpemente.

—Lo siento —murmuró el joven.

—Ese hombre me engañó... Siempre decía que iba a curarme... Y yo, cada día estaba más obesa... ¿De veras es el mismo que me atropelló hace once años?

—Lo ha confesado, Roxana.

Hubo un instante de silencio. De pronto, se oyó un horrible chillido, un grito que parecía salido de la garganta de una fiera.

—¡No. Roxana! —clamó el Joven.

La enferma tenía en la mano el atizador de una chimenea. Su primer golpe fue dirigido a la cabeza de Peters, quien, instintivamente, alzo los brazos para protegerse. Un hueso chasqueó con horrible sonido

Peters se tambaleó. Roxana repitió el golpe.

—Me engañó, me engañó... —repetía una y otra vez, mientras el atizador golpeaba sañudamente la cabeza del médico.

Peters se desplomó. Dolly, espantada, huyó de la habitación. Bullock trató de impedir que Roxana continuase su macabra tarea, poro tuvo que saltar a un lado, para esquivar un terrible golpe que estuvo a punto de acabar con su vida. Mientras convertía en una repugnante pulpa la cabeza de Peters, Roxana reía estruendosamente, a la vez que pronunciaba frases incoherentes. Completamente desnuda, ofrecía un aspecto horripilante, con grandes manchas de sangre en sus enormes senos y en los brazos de repugnante grosor.

Sentada a caballo sobre un cuerpo que ya no ofrecía la menor resistencia,

Roxana continuó machacando el cráneo de Peters. De pronto, suspendió su macabra tarea.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, contemplando el resultado de su obra con ojos que no captaban sino imágenes en rojo. Luego, de pronto, soltó el atizador, se llevó las manos al pecho y emitió un débil grito.

—¡Roxana! —gritó el joven.

Ella no contestó. Lentamente, se inclinó a un lado y quedó tendida en el suelo, encogida sobre sí misma, absolutamente inmóvil.

Bullock reaccionó. Dio la vuelta para no tropezar con e: cadáver de Peters y se inclinó sobre Roxana, para tomarle el pulso.

Momentos después se incorporó de nuevo. Dolly, con la cara tan blanca como la nieve, estaba en la entrada.

—Ha muerto —anunció él sombríamente.

Al otro lado de la puerta se oyeron pasos. Bullock se precipitó fuera de la estancia.

Lady Myrtle avanzaba cansinamente, con los ojos mortecinos y sin brillo.

—¿Roxana? —preguntó.

Bullock inspiró profundamente.

—Le falló el corazón —dijo.

La cabeza de la anciana se inclinó. Rodaban las lágrimas por sus arrugadas mejillas.

—Yo sólo quería lo mejor para ella... Fuimos muy desgraciadas las dos...

Bullock se abstuvo de hacer ningún comentario. Sí, lady Myrtle Dalymond tenía razón, pero sólo en parte.

La madre acaso había podido superar el trauma ocasionado por la violación sufrida muchos artos atrás, pero luego, su misma debilidad, por una hija a la que amaba con afecto completamente distorsionado, absolutamente alejado de la realidad, había sido el elemento causante de la tragedia, incubada durante años y que había hecho repentina explosión en aquellos dramáticos instantes.

—Lo confesaré todo —murmuró la anciana.

Bullock hizo un gesto con la cabeza. Dolly entendió y se llevó de allí a lady Myrtle.

* * *

Varios policías trabajaban activamente en el surtidor. Bullock sabía lo que iban a encontrar.

En el interior de la casa, un inspector del Yard, expresamente desplazado, tomaba declaración a la anciana. Los cadáveres de Roxana y los tres hombres habían sido trasladados ya a la Morgue.

El dinero estaba intacto. Bullock había entregado las notas escritas por Southman. Resultarían muy útiles para esclarecer definitivamente el enigma.

Desde las inmediaciones del surtidor contempló la casa. Ya no habría

motivos para temer al dragón. Sus fauces se hablan cerrado definitivamente.

Pero Southman no había podido retirar su cabeza a tiempo. Melancólicamente, pensó en el amigo muerto de una forma horrible. ¿Por qué no había intentado distraer a Roxana, como lo había hecho él?

Era ya demasiado tarde para hacer especulaciones que no conducían a ningún resultado práctico. De pronto, uno de los policías se separó del surtidor y buscó algo para taparse la cara.

Los otros agentes se retiraron también. Un médico les proporcionó máscaras sanitarias. El hedor se dispersó por la atmósfera, un horrible olor a carne putrefacta. Bullock sintió náuseas y se apartó de aquel lugar.

No quería mirar. Recordaba a Southman como un hombre Joven, alegre, extrovertido, amante de la vida... «Me enfadé con él y le pegué...», rememoró las palabras de Roxana.

Dolly se acercó, arrugando la nariz.

—No huele bien —observó.

—Imagínate. Por lo menos, hay cuatro cadáveres.

Ella hizo un gesto de pesar.

—Lo siento por lady Myrtle — manifestó.

—En cierto modo, tiene la mayor parte de la culpa.

—Sí, pero...

—Dolly, es inútil que le hagamos reproches. Ninguno de los dos podemos situarnos en su lugar.

—Yo sí, Lane.

—Tu caso es muy distinto. Eres mucho más fuerte que ella. Además, lo que te sucedió a ti no dejó consecuencias... Quiero decir, que no tuviste una hija. Lady Myrtle, sí; y además, la violaron también. No todos tienen la misma fortaleza de espíritu. A ti, incluso, te costó mucho superar el trauma.

Dolly suspiró.

—Es cierto, pero, por favor, no me lo recuerdes más —rogó.

—Descuida. Por lo que a mí concierne, está ya olvidado.

Un hombre salió de la casa y se acercó a la pareja.

—Me gustaría verles en mí despacho —dijo el inspector de Scotland Yard.

—Iremos cuando lo diga —contestó el joven.

—Pasado mañana, a las diez, por favor.

—De acuerdo, inspector.

—¿Qué va a ser de lady Myrtle? —preguntó la muchacha.

El policía hizo una mueca.

—Es ya muy vieja —contestó—. Además, tiene dinero, de modo que no le costará mucho encontrar un buen abogado.

—¿Tú, Lane? —sugirió Dolly.

Bullock meneó la cabeza.

—No, lo siento. En primer lugar, no soy criminalista... y luego, no me encontraría en condiciones de hacer una defensa efectiva.

—De todos modos, lady Myrtle acabará en algún lugar donde pueda ser

atendida mientras viva, no precisamente en la cárcel —dijo el policía.

Dolly adivinó el sentido de aquella respuesta.

—Una clínica psiquiátrica —murmuró.

—Ella tiene dinero. Podrá pagarse el mejor establecí miento , y ésa será, supongo, la sentencia del juez —se despidió el inspector.

Bullock asió suavemente el brazo de la joven

—Debemos regresar —propuso.

—Sí, Lane.

* * *

Una semana después, Lane Bullock apareció en el apartamento de Dolly, elegantemente vestido de oscuro, con una flor blanca en el ojal de la solapa y un ramo de azaleas en la mano.

Ella le miró sorprendida.

—¡Caramba, diríase que vas a asistir a una boda! —exclamó.

—Sí. —sonrió él.

—¿Conozco a la novia?

—Sí.

Dolly se puso colorada.

—Lane, no te burles de mí...

—Sólo te hace falta un vestido elegante, aunque lo hayas usado ya en alguna ocasión. Eso no me importa en absoluto; tampoco mi traje es nuevo.

—Pero...

—Tengo todos los documentos preparados. Los padrinos están ya camino de la iglesia. —Bullock consultó su reloj—. Nos quedan treinta y cinco minutos exactamente, encanto.

Ella le miró intensamente.

—¿No te arrepentirás algún día?

—Jamás —respondió él con gran énfasis.

Hubo un instante de silencio. Luego, Dolly murmuró:

—Tengo la sensación de que voy a meterme en las fauces del dragón y me va a devorar ..

—Todos los días —prometió Bullock.

Dolly sonrió hechiceramente.

—Es una maravillosa perspectiva, caníbal mío —contestó.

FIN